

Antonio Cisneros

*Poesía,*  
*una historia de locos*  
(1962-1986)

---



poesía Hiperión

**poesía Hiperión**  
(títulos recientes)

- 126 COLONNA, STAMPA, MATRAINI  
*Tres poetisas italianas del Renacimiento*
- 127 J. L. ORTIZ NUEVO (ed.)  
*Setenta y siete seguidillas de muerte*
- 128 Miguel SUÁREZ  
*La perseverancia del desaparecido*
- 129 Inmaculada MENGÍBAR  
*Los días laborables*
- 130 Gonzalo ROJAS  
*Materia de testamento*
- 131 Carlos GAVIÑO DE FRANCHY  
*La emancipación de los objetos*
- 132 LI BO  
*Cincuenta poemas*
- 133 Ramón EDER  
*Lágrimas de cocodrilo*
- 134 Álvaro VALVERDE  
*Las aguas detenidas*
- 135 Rainer Maria RILKE  
*La canción de amor y muerte  
del alférez Christoph Rilke*
- 136 Ibn AL-FARID  
*Poema del camino espiritual*
- 137 Jon JUARISTI  
*Arte de marear*
- 138 María Victoria ATENCIA  
*La pared contigua*
- 139 Jenaro TALENS  
*El sueño del origen y la muerte*

poesía Hiperión, 153  
ANTONIO CISNEROS  
*POESÍA,*  
*UNA HISTORIA DE LOCOS*  
(1962–1986)



ANTONIO CISNEROS

*Poesía,  
una historia de locos*  
(1962–1986)



Hiperión

poesía Hiperión  
Colección dirigida por Jesús Munárriz  
Diseño gráfico: Equipo 109  
Dibujo de cubierta: M.M.M.

1.ª edición: febrero, 1990

© *Copyright* Antonio Cisneros, 1990

Derechos de edición reservados:

EDICIONES HIPERIÓN, S.L.

Salustiano Olózaga, 14 28001 Madrid Tfno.: (91) 577 60 15

ISBN: 84-7517-282-2 Depósito legal: M-34718-1989

Técnicas Gráficas, S.L. Las Matas, 5 Madrid

IMPRESO EN ESPAÑA — *PRINTED IN SPAIN*

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso escrito del editor.

“A pesar del invierno, recuerdo aquellos días con el cielo siempre azul, el sol redondo y un fuerte olor a mar limpio, fresco y sin aguaje. Mi primer librito, *Destierro*, recién salido de la imprenta de mano del poeta Javier Sologuren, era cosa mejor que un buen verano. Creo que entonces ya no tenía espacio para más felicidad. Fue en el año 1961.

Meses antes aparecieron, en la misma serie, *El río* de Javier Heraud y *Orilla* de Lucho Hernández. Todo el parnaso juvenil, en suma.

*La plaquette*, de 300 ejemplares en color salmonado, me dejó como saldo un pan con chicharrón, dos empanadas de Solari, una coca-cola y, sobre todo, la desvergüenza necesaria para seguir publicando poesía. //

*Destierro* tuvo una sola reseña, firmada por mi amigo Julio Ortega, en el diario *La Tribuna*. Diario semiclandestino, no por avatares de la política, sino por su modesta circulación.

“Así y todo, durante una semana, en mis interminables caminatas por el jirón Camaná y los alrededores de la plaza Francia, me acompañó la sensación inminente de ser reconocido por las masas, mis lectores, felicitado, requerido para un autógrafo o, tal vez, alguna consulta sobre un verso oscuro pero intenso. Nada de esto ocurrió.

Una vez (aún tiemblo de emoción) sorprendí a un estudiante hojeando, presuroso, mi ópera magna entre los anaqueles de la librería Studium. Lo seguí con los ojos, la respiración entrecortada, traté de acercarme, decirle que yo era el autor. Vanos deseos. Dejó el libro, como quien abandona una revista vieja en la antesala del dentista, y se enfrascó satisfecho en el primer capítulo de la *Lolita* de Nabokov. //

Al año siguiente, también en la maravillosa minerva de Sologuren, apareció *David*. A diferencia de *Destierro* (pleitos literarios entre el mar y la ciudad), éste fue un librito más logrado. En todo caso, me acercaba al ideal del escritor: decir lo que se quiere y no, simplemente, lo que se puede.

La historia del rey bíblico, contada desde la perspectiva del común. Una mezcla de lenguajes antiguos y modernos, cierta ironía, al servicio de la desmitificación. De algún modo David fue perdonado porque era rey y su espiritualidad no superaba los límites del deseo por la rolliza Betsabé. Elemental, reconozco, pero (como dicen) bien sentido.

Es un poemario que quiero y, hasta ahora, me gusta. En su momento fue recibido con beneplácito por diversas publicaciones. Inclusive, Luis Alberto Ratto y José Miguel Oviedo, manes y lares del periodismo cultural de los años 60, tuvieron una polémica en tres rounds en las páginas de *El Dominical*. No tanto a causa de *David*, es verdad, aunque el librito fue pretexto para un ajuste de cuentas literarias, algún lío de pelos y pelajes que no recuerdo más.

Fui, por entonces, una "joven promesa que apunta y se perfila". Nombrado en los recuentos de fin de año, presente en los recitales de la Católica y San Marcos y, de refilón, en los mítines políticos contra el segundo gobierno de Manuel Prado. Ni envidioso ni envidiado, según el ideal de Fray Luis, me sentía querido por mis compañeros, mi barrio y la plena humanidad.

En el 64 publiqué *Comentarios reales*, que, al año siguiente, ganó el premio nacional con el voto en contra de una doctora (cuyo nombre sí recuerdo) ofendida por las blasfemias, reales o supuestas, del poemario en cuestión.

Sus dos ediciones de 3 mil ejemplares cada una me colocaron, inevitablemente, en la palestra. En la picota, también, pues pronto comprendí que las jóvenes promesas premiadas, fotografiadas y entrevistadas, pierden poco a poco ese amor que la patria de las letras concede, en exclusiva, al dulce anonimato.

*Comentarios reales* es un libro al que, francamente, no le guardo demasiado aprecio. Sin embargo es una de mis obras más recordadas, citadas y, eventualmente, festejadas por el lector.

Mi desgano ante sus páginas se debe a la excesiva pretensión. La cosa era meter toda la historia del Perú, desde los chamanes de Pachacámac hasta el asesinato de Javier Heraud, en un volumen. Pasando, claro está, por las barbas de los conquistadores, los esclavos, los obispos, los siervos y Túpac Amaru con los cuatro caballos descuartizadores.

En cualquier caso, fue un intento de revisar la historia burguesa,

tradicional, desde la poesía. Poesía, que es también, al fin y al cabo, una forma de conocimiento.

// A los 22 años me estrené como profesor en la Universidad de Huamanga. Tiempo de guerrillas, tunas y cabras. Comprendí la desolación y la riqueza del universo andino que, hasta entonces, había sido tan sólo el viaje en tren a la feria de Huancayo.

El primero de mayo del 66 nació mi hijo Diego, día que se honra y celebra en todas las naciones del planeta. Poco después, comenzaron los viajes de Simbad el marino. Y en el 67, me hallaba instalado en Londres como vecino de Earls Court. En medio del laberinto de los Beatles y los Rolling Stones, los hippies, las minifaldas, la hierba, las campanitas y unas terribles ganas de ser adolescente con años de retraso.

! Ese otoño y ese invierno escribí los poemas de *Canto ceremonial contra un oso hormiguero*. La estufa casi siempre malograda, y yo enfundado en un abrigo viejo y peludo dentro de la casa. Apenas si sacaba una mano del bolsillo para escribir un verso y ahí mismo la guardaba. En verdad fui feliz.

Mi mantención la aseguraba alternando el oficio de lavaplatos y el de asistente en la universidad (a la larga, como ahora). Tenía un alma de esponja, siempre presta al deslumbramiento. Aprendí muchas cosas. Entre otras, que la tristeza no se resuelve con un plan quinquenal. / /

*Canto ceremonial contra un oso hormiguero* fue premiado por la Casa de las Américas de La Habana en el 68. El galardón poético del idioma más cotizado por aquel entonces. Eso me dio cierta fama, algún dinero, traducciones, reediciones, unos cuantos fans y una apreciable tribu de envidiosos.

Los poemas del libro estaban llenos de vida vivida. Por eso el uso de largos versículos que se enredan en las páginas como serpientes. Necesitaba un espacio donde se reunieran los datos del alma y del cuerpo. El hígado, el corazón y la cabeza. La historia doméstica, la historia de la colectividad. Creo que en buena medida lo logré. El lenguaje se bamboleaba entre la solemnidad y la jerga, en medio de un optimismo socarrón. Así transcurrían mis días en la vida real.

Pasados los años, hartos ya de las islas al norte del Canal, conseguí un trabajo en la Universidad de Niza, ciudad mediterránea, misma postal, en la frontera con Italia.

Épocas de soledad, bohemia y descalabro. Me convertí en experto en hospitales y aprendí francés. *Como higuera en un campo de golf* es el testimonio de mis quejas, de mi poquita fe. Libro que quiero con la ternura y compasión debida a un hijo enfermo.

En *Agua que no has de beber*, publicado en Barcelona un año antes, hay un solo poema rescatable: *Para hacer el amor*, cuya lectura en los recitales nunca tiene pierde.

*El libro de Dios y de los húngaros*, tiene que ver con los años que viví en Budapest (74 y 75). Cantos del nuevo y gran amor correspondido (que aún perdura), del nacimiento de mi hija Soledad, del reencuentro fulminante con el Señor.

A diferencia de mis otras obras y con la sola salvedad del poema de la reconversión, *Domingo en Santa Cristina de Budapest y frutería al lado*, ese libro no fue escrito in situ. Un par de años más tarde, en la nublada Lima, me dediqué a desenterrar de una caja de zapatos esa infinidad de apuntes en cajetillas, esquemas, imágenes sueltas, notas ilegibles, mendrugos, guiñapos para reconstruir (o más bien construir) *El libro de Dios*, que nunca sabré cómo puedo ser de haber sido escrito en su momento y en su lugar.

En el 78 gané la codiciada beca John Simon Guggenheim. Una de las escasas ocasiones donde un pobre poeta puede vivir (algunos meses) como novelista del *boom*. Y decidí viajar a la dorada California. Cosa que no fue tan fácil. Porque, en principio, los peruanos son ante la inmigración norteamericana, o bien aventureros indeseables o narcotraficantes del montón (y, sospecho que, hasta comunistas).

Luego de un par de escaramuzas en el consulado del país del norte, obtuve mi visa oleada y sacramentada. Aparte de un paso de 24 horas por Nueva York, jamás había sentado mis reales en los Estados Unidos. Y arribé cargado de ansiedades y una perversa fascinación por Disneylandia. Así, entre las colinas de Berkeley y la dulce ciudad de San Francisco, pasé más de medio año. Amén de varias incursiones a Nueva York, Oregon y Arizona.

Tal como ocurre con el París monumental, cada uno de los innumerables países que forman los Estados Unidos es un calco impecable de su correspondiente tarjeta postal. De modo que todos los instantes se tornan en una suerte de *déjà vu* y la única sorpresa (mayúscula, es verdad) fue descubrir que me hallaba a mis anchas,

devorador entusiasta de hamburguesas, mismo personaje de las series de TV aprendidas desde mi tierna infancia. Escribí poco y dormí bien, como las buenas almas.

*Crónica del Niño Jesús de Chilca* (81) fue el intento de escribir la historia de una comunidad costeña hundiéndose en el tiempo. Ahí incorporo las voces colectivas y ajenas como propias, y las memorias del compadre difunto, don Fortunato Rueda. El amor de Dios y de los pobres entre el mar y el arenal. Año del nacimiento de mi hija Alejandra.

Pasé el 85 bajo los altos techos de una vieja casona de Berlín. Contra mis pronósticos (y prejuicios) bien amé los inviernos en la antigua y delirante capital de Prusia. Y estuve en paz. A pesar de los perros. Intocables como las vacas en la India, pero más robustos. Soberbios y peludos como el sol.

// Con la publicación del *Monólogo de la casta Susana y otros poemas*, llegué en 1986 a los 25 años de mi primer librito. Me parece mentira. Cosa de locos, persistir en un oficio que no brinda fortuna ni placer. Y sin embargo, es tan inevitable como la sombra que nos acompaña en las tardes transparentes de verano.

Ahora sobrevivo con mi mujer y mis tres hijos en Lima, llamada también la horrible. Enseño, es un decir, en la Universidad de San Marcos, la más pobre y antigua de las Américas. Soy periodista del semanario *Sí*. Escribo poesía, cuando puedo, a caballo entre la pena y la violencia. Y temo cada día. //

A. C.  
Febrero de 1988



**COMENTARIOS REALES  
DE ANTONIO CISNEROS  
(1964)**



## PARACAS

Desde temprano,  
crece el agua entre la roja espalda  
de unas conchas

y gaviotas de quebradizos dedos  
mastican el muymuy de la marea

hasta quedar hinchadas como botes  
tendidos junto al sol.

Sólo trapos  
y cráneos de los muertos nos anuncian

que bajo estas arenas  
sembraron en manada a nuestros padres.

## PACHACÁMAC

Todavía la tierra entre mis dedos  
y esta dura paja me entristecen.  
Aquí el constructor hundía sus rodillas  
en la arena o espantaba  
muchachos de quemadas espaldas,  
merodeadores de estanques y terrazas.  
No han llegado las balsas  
ni los viejos con sus gorros peludos,  
sus cintas de colmillos. Apenas  
unas lagartijas arrugadas y verdes  
se acuestan en los muros, orinan  
casi a diario sobre el pellejo  
del sabio constructor.

# LOS CONQUISTADORES MUERTOS

## I

Por el agua aparecieron  
los hombres de carne azul,  
que arrastraban su barba  
y no dormían  
para robarse el pellejo.  
Negociantes de cruces  
y aguardiente,  
comenzaron las ciudades  
con un templo.

Durante ese verano de 1526  
derrumbóse la lluvia  
sobre sus diarios trajines y cabezas,  
cuando ninguno había remendado  
las viejas armaduras oxidadas.  
Crecieron también negras higueras  
entre bancas y altares,  
en los tejados  
unos gorriones le cerraban el pico  
a las campanas.  
Después en el Perú nadie fue dueño  
de mover sus zapatos por la casa  
sin pisar a los muertos,  
ni acostarse junto a las blancas sillas  
o pantanos  
sin compartir el lecho con algunos  
parientes cancerosos.  
Cagados por arañas y alacranes,  
pocos sobrevivieron a sus caballos.

## CUESTIÓN DE TIEMPO

Mal negocio hiciste, Almagro.  
Pues a ninguna piedra  
de Atacama podías pedir pan  
ni oro a sus arenas.  
Y el sol con su abrelatas  
destapó a tus soldados  
bajo el hambre  
de una nube de buitres.

# ORACIONES DE UN SEÑOR ARREPENTIDO

## I

### CUANDO EL DIABLO ME RONDABA ANUNCIANDO TUS RIGORES

Señor, oxida mis tenedores y medallas, pica estas muelas,  
enloquece a mi peluquero, los sirvientes  
en su cama de palo sean muertos, pero líbrame del Diablo.  
Con su olor a cañazo y los pelos embarrados  
se acerca hasta mi casa, lo he sorprendido  
tumbado entre macetas de geranio, desnudo y arrugado.  
Estoy un poco gordo, Señor, espero tus rigores, mas no tantos.  
He envejecido en batallas, los ídolos han muerto.  
Ahora espanta al Diablo, lava estos geranios y mi corazón.  
Hágase la paz, amén.

CUANDO LIBRADO DEL DEMONIO,  
COMULGUÉ DE MANOS DEL OBISPO

Señor, siento tu sangre  
embravecer mis venas,  
lecho de hojas tu carne  
me conforta,  
es más dulce este amor  
de los rigores  
que ropajes ociosos  
y tabernas.  
Fiero, me has colmado  
de favores,  
mas mi reciente piedad  
está quejosa  
del obispo, Señor:  
tu santo cuerpo en sus manos  
—las mismas que secuestran  
candelabros  
y los cambian por vino—  
se hace añicos.  
Manos viajeras  
entre confesionarios  
sobre el cuerpo  
de viudas  
o muchachos.  
Raja sus dedos, Señor,  
con sal lava sus ojos,  
que las ratas  
mastiquen sus anillos,  
su mitra colorada,  
y haz un cerco, Señor,  
con tus guerreros,  
porque el diablo  
no escape de su alma.

CUANDO MURIÓ EL OBISPO,  
QUE EN VERDAD ERA DE TU CALAÑA

Señor, ha muerto  
tu cómplice el obispo.  
Algunas viejas lloran  
en medio de campanas enterradas  
y guardan regocijado luto  
sus deudores.  
Señor, era en verdad  
tu amigo,  
y junto al mostrador  
de tablas te preocupaban  
sus negocios.  
En otros tiempos  
hinchaste tus baúles  
con la granja de Abel.  
También sospecho que a sabiendas  
a Jesús lo mandaste  
al matadero.

## A CRISTO EN EL MATADERO

Cuando hablaste  
del amor y repartías  
la paz y los pescados,  
se acercaban  
para amarte, Señor  
amable y sabio.  
Un buen día, aburridos  
de milagros,  
hartos de caminatas,  
decidieron  
cambiar tu cabellera  
y tus sandalias  
por unos cuantos reales.  
Lleno de clavos  
tu cuerpo fue enterrado  
junto al vientre  
de las ratas. Tus palabras  
se hicieron estropajos,  
tambores pellejados  
que anuncian  
negocios y matanzas.

## TRES TESTIMONIOS DE AYACUCHO

*Amaneció al fin, el 9 de diciembre de 1824,  
el día más grande para la América del Sur,  
y pudieron encontrarse frente a frente los  
soldados de la libertad y el despotismo.*

(De MI PRIMERA HISTORIA DEL PERÚ)

### I

#### DE UN SOLDADO

Después de la batalla, no había sitio donde amontonar a nuestros muertos, tan sucios y ojerosos, desparramados en el pasto como sobras de este duro combate. Los héroes hinchados y amarillos se mezclan entre piedras o caballos abiertos y tendidos bajo el alba: es decir, los camaradas muertos son iguales al resto de otras cosas comestibles después de una batalla, y pronto 100 pájaros marrones se reproducirán sobre sus cuerpos, hasta limpiar la yerba.

## DE UNA MADRE

Unos soldados que bebían aguardiente me han dicho que ahora  
este país es nuestro.

También dijeron que no espere a mis hijos. Debo entonces  
cambiar las sillas de madera por un poco de aceite y unos panes.  
Negra es la tierra como muertas hormigas, los soldados dijeron  
que era nuestra.

Sin embargo cuando empiecen las lluvias  
he de vender el poncho y los zapatos de mis muertos, guardarme  
del halcón.

Algún día compraré un burro peludo para bajar hasta mis campos  
de tierra negra,  
para cosechar  
en las anchas tierras moradas.

### III

#### DE LA MADRE, OTRA VEZ

Mis hijos y otros muertos todavía pertenecen al dueño de los caballos, dueño también de tierras y combates.

Unos manzanos crecen entre sus huesos o estas duras retamas. Así abonan los sembríos morados. Así sirven al dueño de la guerra, del hambre y los caballos.

**CANTO CEREMONIAL  
CONTRA UN OSO HORMIGUERO  
(1968)**



Todavía estoy a tiempo de recordar la casa de mi tía abuela y ese par de grabados:

«Un caballero en la casa del sastre», «Gran desfile militar en Viena, 1902».

Días en que ya nada malo podía ocurrir. Todos llevaban su pata de conejo atada a la cintura.

También mi tía abuela —20 años y el sombrero de paja bajo el sol, preocupándose apenas

por mantener la boca, las piernas bien cerradas.

Eran los hombres de buena voluntad y las orejas limpias.

Sólo en el music-hall los anarquistas, locos barbados y envueltos en bufandas.

Qué otoños, qué veranos.

Eiffel hizo una torre que decía «hasta aquí llegó el hombre». Otro grabado:

«Virtud y amor y celo protegiendo a las buenas familias».

Y eso que el viejo Marx aún no cumplía los 20 años de edad bajo esta yerba

—gorda y erizada, conveniente a los campos de golf.

Las coronas de flores y el cajón tuvieron tres descansos al pie de la colina

y después fue enterrado

junto a la tumba de Molly Redgrove «bombardeada por el enemigo en 1940 y vuelta a construir».

Ah el viejo Karl moliendo y deritiendo en la marmita los diversos metales mientras sus hijos saltaban de las torres de Spiegel a las islas de Times y su mujer hervía las cebollas y la cosa no iba y después sí y entonces vino lo de Plaza Vendôme y eso de Lenin y el montón de revueltas y entonces

las damas temieron algo más que una mano en las nalgas y los caballeros pudieron sospechar

que la locomotora a vapor ya no era más el rostro de la felicidad universal.

«Así fue, y estoy en deuda contigo, viejo aguafiestas.»

## CRÓNICA DE LIMA

Aquí están escritos mi nacimiento y matrimonio, y el día de la  
muerte

del abuelo Cisneros, del abuelo Campoy.

Aquí, escrito el nacimiento del mejor de mis hijos, varón y  
hermoso.

Todos los techos y monumentos recuerdan mis batallas contra el  
Rey de los Enanos y los perros

celebran con sus usos la memoria de mis remordimientos.

(Yo también

harto fui con los vinos innobles sin asomo de vergüenza o de  
pudor, maestro fui

en el Ceremonial de las Frituras.)

Oh ciudad

guardada por los cráneos y maneras de los reyes que fueron  
los más torpes —y feos— de su tiempo.

Qué se perdió o ganó entre estas aguas.

Trato de recordar los nombres de los Héroe, de los Grandes  
Traidores.

Acuérdate, Hermelinda, acuérdate de mí.

Las mañanas son un poco más frías,

pero nunca tendrás la certeza de una nueva estación

—hace casi tres siglos se talaron los bosques y los pastos  
fueron muertos por fuego.

El mar está muy cerca, Hermelinda,  
pero nunca tendrás la certeza de sus aguas revueltas, su presencia

habrás de conocerla en el óxido de todas las ventanas,

en los mástiles rotos,

en las ruedas inmóviles,

en el aire color rojo-ladrillo.

Y el mar está muy cerca.

El horizonte es blando y estirado.

Piensa en el mundo

como una media esfera —media naranja, por ejemplo— sobre 4  
elefantes,

Y lo demás es niebla.

Una corona blanca y peluda te protege del espacio exterior.

Has de ver

4 casas del siglo XIX.

9 templos de los siglos XVI, XVII, XVIII.

Por dos soles 50, también una caverna

donde los nobles obispos y señores —sus esposas, sus hijos—  
dejaron el pellejo.

Los franciscanos —según te dirá el guía—  
inspirados en algún oratorio de Roma convirtieron  
las robustas costillas en dalías, margaritas, nomeolvides  
—acuérdate, Hermelinda— y en arcos florentinos las tibias y los  
cráneos.

(Y el bosque de automóviles como un reptil sin sexo y sin especie  
conocida

bajo el semáforo rojo.)

Hay, además, un río.

Pregunta por el Río, te dirán que ese año se ha secado. Alaba sus  
aguas venideras, guárdales fe.

Sobre las colinas de arena

los Bárbaros del Sur y del Oriente han construido  
un campamento más grande que toda la ciudad, y tienen otros dioses.  
(Concerta alguna alianza conveniente.)

Este aire —te dirán—

tiene la propiedad de tornar rojo y ruinoso cualquier objeto al más  
breve contacto.

Así,

tus deseos, tus empresas

serán una aguja oxidada

antes de que terminen de asomar los pelos, la cabeza.

Y esa mutación —acuérdate, Hermelinda— no depende de ninguna  
voluntad.

El mar se revuelve en los canales del aire,

el mar se revuelve,

es el aire.

No lo podrás ver.

Mas yo estuve en los muelles de Barranco

escogiendo piedras chatas y redondas para tirar al agua.

Y tuve una muchacha de piernas muy delgadas. Y un oficio.  
Y esta memoria —flexible como un puente de barcas— que me  
    amarra  
a las cosas que hice  
y a las infinitas cosas que no hice,  
a mi buena o mala leche, a mis olvidos.  
                                    Qué se ganó o perdió entre estas aguas.  
Acuérdate, Hermelinda, acuérdate de mí.

## EL CEMENTERIO DE VILCASHUAMÁN

Sólo las cruces verdes, las cruces azules, las cruces amarillas:  
flores de palo entre la tierra de los hombres y el espacio que  
habitan los abuelos.

No edificios construidos con usura donde las cenizas se oxidan  
sin mezclarse.

Sólo las cruces verdes, las cruces azules, las cruces amarillas.

Moran aquí nuestros primeros padres:  
bien dispuestos y holgados y armoniosos  
entre los rojos campos

y las colinas interiores del planeta.

«La carne aguanta menos que el maíz y menos que los granos el  
vestido:

más que el algodón la lana pero menos que el hueso:  
y más que las costillas quebradizas aguanta el viejo cráneo.»

Y llegado el momento

regresan a la tierra igual como la arena se mezcla con la arena.

Abuelo Flores Azules de la Papa, Abuelo Adobe, Abuelo Barriga  
del Venado.

(Y en el techo del mundo de los muertos

como un río de gorgonas la sequía sucede a las inundaciones y  
los hijos

mueren de sed junto a las madres ya muertas por el agua.)

«Dónde tu fuerza, abuelo, que los ojos del fuego no te alcanzan.»

Sólo los viejos nombres de acuerdo a edad y peso,

sólo las cruces verdes, las cruces azules, las cruces amarillas.

No el arcángel del siglo XIX —la oferta y la demanda— y las  
cenizas solas.

Abuelo Flores Azules de la Papa, Abuelo Adobe, Abuelo Barriga  
del Venado.

«Moja este blanco sol, Abuelo Lluvia.»

Mientras la tierra engorda.

## ENTRE EL EMBARCADERO DE SAN NICOLÁS Y ESTE GRAN MAR

*For you my son  
I write what we were.*  
Horace Gregory

Queda un poco de sol, crujen los cables y el lomo de las aguas una y otra vez se bambolea entre las blancas rejas.

En San Nicolás he visto a dos muchachos apretarse contra una grúa roja.

El viento soplaba y resoplaba desde el Sur como el chillido de quinientos demonios.

¿Quién me llama? ¿He apagado la luz de la cocina? ¿Qué olvidé entre mis libros?

Y la respuesta no llega como nunca el palmoreo amable de los dioses.

Ella era muy delgada y revolvía sus manos bajo la negra chompa del muchacho.

Mar de San Nicolás, olas de aceite.

Día que me sorprendes muros adentro de Jerusalén y en deuda con mi hermano:

poco aviso fue el semáforo de Delfos. ¡Oh gran remordimiento! no acicalé mi casa para el día.

¿Ya rechina la viola de los muertos contra una grúa roja? Perdóname.

¿Qué polvo de hierro se arremolina en nuestro corazón? Perdóname.

Los muchachos subieron hasta un bosque de latas y encendieron la luz.

Y la Osa Mayor era brillante y su peludo rabo colgaba desde el cielo.

Perdóname.

Yo andaba por los muelles más informe que una medusa muerta.

Y el viento soplaba y resoplaba sobre ti nuestro recién nacido: cáscara de plátano donde pastan las moscas.

Perdóname.

Después, aullaron las sirenas de San Juan y Acarí, y a las siete nos hicimos a la mar.

Queda un poco de sol, crujen los cables y el lomo de las aguas una y otra vez se bambolea entre las blancas rejas.

Ni un pájaro me sobrevuela, Diego mío, y antes que la noche apriete pienso en ti.

Perdóname, perdónala.



Holgados y seguros en el vericuetto de la Academia y las publicaciones.

Temiendo algún ataque del Rey de los Enanos, tensos al vuelo de una mosca:

Odiseos maltrechos que se hicieron al agua  
aun cuando los temporales destruían el sol y las manadas de  
cangrejos, y he aquí

que embarcaron con buen sebo la proa  
hasta llegar a las tierras del Hombre de Provecho.

(Amontonad los muertos en el baño, ocultadlos, y pronto el Coliseo  
será limpio y propicio como una cama blanda.)

Hay un animal noble y hermoso cercado entre ballestas.

En la frontera Sur la guerra ha comenzado. La peste, el hambre,  
en la frontera Norte.

## KENSINGTON, PRIMERA CRÓNICA

Yo caminé por estas mismas calles con la comodidad de un buey,  
ufano  
como el más alto de los olmos, y los dioses  
eran conmigo, alegre peatón  
sobre los cráneos de los ingleses muertos en la guerra, mesador de  
las barbas,  
y brillaba  
como un árbol de moras en medio del verano, Cristo sobre las  
aguas, glorioso,  
cerdo feliz.

Y fue el tiempo de tratados y de alianzas con los jefes de las tribus:  
Hombres de Australia, hombres del Canadá, hombres de Irlanda,  
todos los bárbaros  
metiendo lagartijas en el culo de la Reina, jubilosos  
y sin remordimiento.

Dulce Morgan,  
viajero entre las ramas y los campos del aire,  
lejos de los tejados que guarecen a los adoradores del Tío Coronel  
en la Malasia,  
de Betty Boop, de la Consola del Siglo XIX, y lejos de las camas  
donde las muchachas guerrean con los reyes normandos, de los  
baños  
donde los muchachos se drogan a la sombra de su viejo prestigio:  
Dios salve al Rey.

## A UNA DAMA MUERTA

Desde la primera vez comprendí que te iba a seguir como un granadero a su bandera, entre los muertos y el torreón de las moscas —retirada en Verdún, 1870, por ejemplo.

Así eras,

la Tierra sobre el lomo del buen Atlas, terrible y necesaria, inevitable.

1967, la Revolución Cultural China y los quesos baratos —fue en París donde perdí a mi amigo.

Allí estabas,

gorda, desparramada y sin embargo más dura que un colmillo.

María era mi esposa. You Know María,

Senoritas from Havana know a lot of things about caballeros,

Doncella cigarettes, Kingston, Jamaica.

María Doncella,

María Caballero,

María Señorita,

María Buenos Días Señor.

(Trato así de ablandar su rostro guerrero, sus incisivos, sus uñas convexas.

María olfateaba al enemigo desde 5 jornadas de distancia, era perfecta.)

María chiquita, bonita, con un cuchillo de hueso escondido en la media.

You know that Villa's song.

(Oh bandera torpe y pesada como un oso, hubimos de enterrarte para correr mejor.

María devoró las aceitunas del odre en muy pocos minutos, y el odre fue vacío.

Y ahí,

sin desnudarte —María temía a los bichos y bacilos de tu ropa interior—

te clavamos.

Después, el agua hervida.)

María loves Pancho in a fantastic tower of palmeras.

Y Pancho que no sabe escoger.

Pancho partido entre la Mariguana y el Té de las Señoras.

(Cómo duele,

aquí, junto al hígado y la última costilla voladora.

Estancia destinada a los cobardes.)

María Buenos Días Muchas Gracias said to me «You are a bravo».

I'm sure of it.

I'm sure.

Entre las Matanzas y el Salmo de Primera Comunión, en perfecto equilibrio.

Para siempre.

## DOS SOLEDADES

### I

#### HAMPTON COURT

Y en este patio, solo como un hongo, adónde he de mirar.  
Los animales de piedra tienen los ojos abiertos sobre la presa enemiga  
—ciudades puntiagudas y católicas ya hundidas en el río— hace  
cien lustros  
se aprestan a ese ataque. Ni me ven ni me sienten.  
A mediados del siglo diecinueve los últimos veleros descargaron  
el grano,  
ebrios están los marinos y no pueden oírme  
—las quillas de los barcos se pudren en la arena.  
Nada se agita. Ni siquiera las almas de los muertos  
—número considerable bajo el hacha, el dolor de costado, la diarrea.  
Enrique El Ocho, Tomás Moro, sus siervos y mujeres son el aire  
quieto entre las arcadas y las torres, en el fondo de un pozo sellado.  
Y todo es testimonio de inocencia.  
Por las 10.000 ventanas de los muros se escapan el león y el unicornio.  
El Támesis cambia su viaje del Oeste al Oriente. Y anochece.

«Amigo, estoy leyendo sus antiguos versos en la terraza del Norte.  
El candil parpadea.  
Qué triste es ser letrado y funcionario.  
Leo sobre los libres y flexibles campos del arroz: Alzo los ojos  
y sólo puedo ver  
los libros oficiales, los gastos de la provincia, las cuentas amarillas  
del Imperio.»

Fue en el último verano y esa noche llegó a mi hotel de la calle  
Sommerard.

Desde hacía dos años lo esperaba.

De nuestras conversaciones apenas si recuerdo alguna cosa.

Estaba enamorado de una muchacha árabe y esa guerra

—la del zorro Dayán— le fue más dolorosa todavía.

«Sartre está viejo y no sabe lo que hace», me dijo y me dijo también  
que Italia lo alegró con una playa sin turistas y erizos y aguas verdes  
llenas de cuerpos gordos, brillantes, laboriosos, «Como en los  
baños de Barranco»,

y una glorieta de palos construida en el 1900 y un plato de cangrejos.

Había dejado de fumar. Y la literatura ya no era más su oficio.

El candil parpadeó cuatro veces.

El silencio crecía robusto como un buey.

Y yo por salvar algo le hablé sobre mi cuarto y mis vecinos de  
Londres,

de la escocesa que fue espía en las dos guerras,

del portero, un pop singer,

y no teniendo ya nada que contarle, maldije a los ingleses y callé.

El candil parpadeó una vez más.

Y entonces sus palabras brillaron más que el lomo de algún  
escarabajo.

Y habló de la Gran Marcha sobre el río Azul de las aguas revueltas,  
sobre el río Amarillo de las corrientes frías. Y nos vimos  
fortaleciendo nuestros cuerpos con saltos y carreras a la orilla del mar,  
sin música de flautas o de vinos, y sin tener  
otra sabiduría que no fuesen los ojos.

Y nada tuvo la apariencia engañosa de un lago en el desierto.

Mas mis dioses son flacos y dudé.

Y los caballos jóvenes se perdieron atrás de la muralla,  
y él no volvió esa noche al hotel de la calle Sommerard.

Así fueron las cosas.

Dioses lentos y difíciles, entrenados para morderme el hígado  
todas las mañanas.

Sus rostros son oscuros, ignorantes de la revelación.

«Amigo, estoy en la Isla que naufraga al norte del Canal y leo sus  
versos,

los campos del arroz se han llenado de muertos.

Y el candil parpadea.»

MEDIR Y PESAR LAS DIFERENCIAS A ESTE LADO DEL CANAL  
*(En la Universidad de Southampton)*

Desde la Torre de Vidrio veo las colinas blandas y oscuras como  
animales muertos.

El aire es negro, susceptible de pesarse y ser trozado, y usted no  
podría creer que alguna vez  
sobre este corazón ha estado el sol.

Los automóviles de los estudiantes son más numerosos que la yerba  
y ellos los vigilan

desde la Torre de Matemáticas, la Torre de Lenguas Modernas,  
la Torre de Comercio,  
la Torre de Ingeniería,  
la Torre de las Tazas de Té,  
la Torre de Dios.

Los profesores miran también sus automóviles, con poco disimulo.

Y si usted se descuida  
terminará por creer que éste es el mundo  
y que atrás de las últimas colinas sólo se agitan el Caos, el Mar  
de los Sargazos.

Aquí se homean las rutas del comercio hacia las Indias  
y esa sabiduría que pastamos sin mirar nuestros rostros.

Usted gusta de Kipling, mas no se ha enriquecido con la Guerra  
del Opio.

Gusta de Eliot y Thomas, testimonios de un orden y un desorden  
ajenos.

Y es un manso bajo el viejo caballo de Lord Byron.

Raro comercio éste.

Los Padres del enemigo son los nuestros, nuestros sus Dioses. Y  
cuál nuestra morada.

Las muchachas caminan despreocupadas y a pesar del frío llevan  
las piernas libres y ligeras:

«Oh, mi delgadita, mi brizna de yerba, ven a mí.»

Los muchachos  
tienen la mirada de quien guardó los granos y las carnes saladas  
para un siglo de inviernos.

El fuego del Hogar los protege de los demonios que danzan en el aire.

Fuera de estas murallas habitan las tribus de los bárbaros  
y más allá  
las tribus ignoradas.  
Lo importante es que los ríos y canales sigan abiertos a la mercadería.  
Mientras el trueque viaje como la sangre, habrá ramas secas y  
ordenadas para el fuego.  
El Fuego del Hogar  
otorga seguridad y belleza: Y las Ciencias y las Artes  
podrán reproducirse como los insectos más fecundos, las moscas,  
por ejemplo.  
El Fuego del Hogar  
lo lava todo y estimula al olvido conveniente.  
Negro es el aire, sólido, tiene peso y lugar.  
Mucho ha llovido y la tierra está lisa como un lago de mármol,  
no ofrecerá ninguna resistencia.  
Amigo Hernando,  
tal vez ahora podría decirme qué hacer con estas Torres, con la  
estatua de John Donne  
—buen poeta y gustado por mí—, con Milton, con el Fuego del Hogar.  
Pero apúrese  
porque las grúas altas y amarillas construyen otros edificios, otros  
dioses,  
otros Padres de Occidente —que también han de ser nuestros.

## POEMA SOBRE JONÁS Y LOS DESALIENADOS

Si los hombres viven en la barriga de una ballena  
sólo pueden sentir frío y hablar  
de las manadas periódicas de peces y de murallas  
oscuras como una boca abierta y de manadas  
periódicas de peces y de murallas  
oscuras como una boca abierta y sentir mucho frío.  
Pero si los hombres no quieren hablar siempre de lo mismo  
tratarán de construir un periscopio para saber  
cómo se desordenan las islas y el mar  
y las demás ballenas —si es que existe todo eso.  
Y el aparato ha de fabricarse con las cosas  
que tenemos a la mano y entonces se producen  
las molestias, por ejemplo  
si a nuestra casa le arrancamos una costilla  
perderemos para siempre su amistad  
y si el hígado o las barbas es capaz de matarnos.  
Y estoy por creer que vivo en la barriga de alguna ballena  
con mi mujer y Diego y todos mis abuelos.

Y hallándome en días tan difíciles decidí alimentar  
a la ballena que entonces me albergaba:  
tuve jornadas que excedían en mucho a las 12 horas  
y mis sueños fueron oficios rigurosos, mi fatiga  
engordaba como el vientre de la ballena:  
qué trabajo dar caza a los animales más robustos,  
desplumarlos de todas sus escamas y una vez abiertos  
arrancarles la hiel y el espinazo,  
y mi casa engordaba.

(Fue la última vez que estuve duro: insulté a la ballena,  
recogí mis escasas pertenencias para buscar  
alguna habitación en otras aguas, y ya me aprestaba  
a construir un periscopio  
cuando en el techo vi hincharse como 2 soles sus pulmones  
—iguales a los nuestros  
pero estirados sobre el horizonte—, sus omóplatos  
remaban contra todos los vientos,  
y yo solo,  
con mi camisa azul marino en una gran pradera  
donde podían abalearme desde cualquier ventana: yo el conejo,  
y los perros veloces atrás, y ningún agujero.)

Y hallándome en días tan difíciles  
me acomodé entre las zonas más blandas y apestosas de la ballena.

## ENTRE LOS CANGREJOS MUERTOS HA MUCHOS DÍAS

Mi cama tiene 5 kilómetros de ancho —o de largo— y de largo —o de ancho, depende si me tumbo con los pies hacia las colinas o hacia el mar— unos 14.

Iba a seguir «ahora estoy desnudo» y no es verdad, llevo un traje de baño, de los viejos, con la hebilla oxidada.

Y cuando el lomo de la arena se enfría bajo el mío ruedo hacia el costado

donde la arena es blanda y caliente todavía, y otra vez sobre mi largo pellejo rueda el sol.

## SOY EL FAVORITO DE MIS 4 ABUELOS

Si estiro mi metro ochentaitantos en algún hormiguero y dejo que los animalitos construyan una ciudad sobre mi barriga puedo permanecer varias horas en ese estado y corretear por el centro de los túneles y ser un buen animalito, lo mismo ocurre si me entierro en la pepa de algún melocotón habitado por rápidas lombrices. Pero he de sentarme a la mesa y comer cuando el sol esté encima de todo: hablarán conmigo mis 4 abuelos y sus 45 descendientes y mi mujer, y yo debo olvidar que soy un buen animalito antes y después de las comidas y siempre.

## Y ME ALEJARÉ UNOS 30 KILÓMETROS HACIA LA COSTA

Y me alejaré unos treinta kilómetros hacia la costa,  
donde un día vi cómo las yerbas altas y oscuras  
llegaban hasta el mar, y sólo  
esos pastos\*tocándome las orejas serán mi alegría,  
y esas aguas que no exigen rigores  
serán mi bien:  
tenderse apenas en la arena mojada, sin zapatos,  
y cerrar el corazón, cerrar los ojos,  
como los caracoles marinos, los duros,  
los más enrojecidos.

## LA ARAÑA CUELGA DEMASIADO LEJOS DE LA TIERRA

La araña cuelga demasiado lejos de la tierra,  
tiene ocho patas peludas y rápidas como las mías  
y tiene mal humor y puede ser grosera como yo  
y tiene un sexo y una hembra —o macho, es difícil  
saberlo en las arañas— y dos o tres amigos,  
desde hace algunos años  
almuerza todo lo que se enreda en su tela  
y su apetito es casi como el mío, aunque yo pelo  
los animales antes de morderlos y soy desordenado,  
la araña cuelga demasiado lejos de la tierra  
y ha de morir en su redonda casa de saliva,  
y yo cuelgo demasiado lejos de la tierra  
pero eso me preocupa: quisiera caminar alegremente  
unos cuantos kilómetros sobre los gordos pastos  
antes de que me entierren,  
y ésa será mi habilidad.

*Lengua sin manos, ¿cómo osas hablar?*  
(Mío Cid)

Oronqoy. Aquí es dura la tierra. Nada en ella  
se mueve, nada cambia, ni el bicho más pequeño.  
Por las dudosas huellas del angana  
—media jornada sobre una mula vieja—  
bien recuerdo  
a los 200 muertos estrujados  
y sin embargo frescos como un recién nacido.

Oronqoy.

La tierra permanece repetida, blanca y repetida  
hasta las últimas montañas.

Detrás de ellas  
el aire pesa más que un ahogado.

Y abajo,  
entre las ramas barbudas y calientes:  
Héctor. Ciro. Daniel, experto en huellas.  
Edgardo El Viejo. El Que Dudó 3 Días.  
Samuel, llamado el Burro. Y Mariano. Y Ramiro.  
El callado Marcial. Todos los duros. Los de la rabia entera.  
(Samuel afloja sus botines.) Fuman. Conversan.  
Y abren latas de atún bajo el chillido  
de un pájaro picudo.

«Siempre este bosque  
que me recuerda al mar, con sus colinas,  
sus inmóviles olas y su luz  
diferente a la de todos los soles conocidos.  
Aún ignoro  
las costumbres del viento y de las aguas.  
Es verdad,  
ya nada se parece al país que dejamos y sin embargo  
es todavía el mismo.»

Cenizas casi verdes,  
restos de su fogata ardiendo entre la nuestra:  
estuvieron muy cerca los soldados.

Su capitán,  
el de la baba inmensa, el de las púas  
—casi a tiro de piedra lo recuerdo— en pocos días  
ametralló

a los 200 hombres

y eso fue en noviembre  
(no indagues, caminante, por las pruebas:  
para los siervos muertos no hay túmulo o señal)

y esa noche,

en los campos de Chapi,  
hasta que el viento arrastró la Cruz del Sur,  
se oyeron los chillidos de las viejas,

ayataki,

el canto de los muertos,  
pesado como lluvia

sobre las anchas hojas de los plátanos,  
duro como tambores.

Y el halcón de tierras altas  
sombra fue sobre sus cuerpos maduros y perfectos.

(En Chapi, distrito de La Mar, donde en setiembre,  
don gonzalo carrillo —quien gustaba  
moler a sus peones en un trapiche viejo—  
fue juzgado y muerto por los muertos.)

«El suelo es desigual, Ramiro, tu cuerpo  
se ha estropeado entre las cuevas y corrientes submarinas.  
Al principio, sólo una herida en la pierna derecha,  
después

las moscas verdes invadieron tus miembros.  
Y eras duro, todavía.

Pero tus pómulos no resistieron más  
—fue la Uta, el hambriento animal de 1000 barrigas— y tuvimos,  
amigo, que ofrecerte  
como a los bravos marinos que mueren sobre el mar.»

Ese jueves, desde el Cerro Morado se acercaban.

Eran más de 40.

El capitán —según pude saber—  
sólo temía al tiempo de las lluvias  
y a las enfermedades que provocan  
las hembras de los indios.

Sus soldados

temían a la muerte.

Sin referirme a Tambo —5000 habitantes y naranjas—  
12 pueblos del río hicieron leña tras su filudo andar.  
Fueron harto botín hombres y bestias.

Se acercaban.

Junto a las barbas de la ortiga gigante  
cayeron un teniente y el cabo fusilero.

(El capitán

se había levantado de prisa, bien de mañana  
para combatir a los rebeldes.

Y sin saber que había una emboscada,  
marchó con la jauría hasta un lugar tenido por seguro y discreto.  
Y Héctor tendió la mano, y sus hombres  
se alzaron con presteza.)

Y así,

cuando escaparon, carne enlatada y armas recogimos.

El capitán huía sobre sus propios muertos  
abandonados al mordisco de las moscas.

No tuvimos heridos.

Los guerrilleros entierran sus latas de pescado,  
recogen su fusil, callan, caminan.

Sin más bienes

que sus huesos y las armas, y a veces la duda como grieta  
en un campo de arcilla. También el miedo.

Y las negras raíces

y las buenas, y los hongos que engordan y aquéllos que dan muerte.  
ofreciéndose iguales.

Y la yerba y las arenas y el pantano  
más altos cada vez en la ruta del Este, y los días  
más largos cada vez

(y eso fue poco antes de las lluvias).

Y así lo hicieron 3 noches con sus días.

Y llegados al río  
decidieron esperar la mañana antes de atravesarlo.

«Wauqechay, hermanito, wauqechay,

es tu cansancio

largo como este día, wauqechay.

Verde arverjita verde,

wauqechay,

descansa en mi cocina,

verde arverjita verde;

wauqechay,

descansa en mi frazada y en mi sombra.»

Daniel, Ciro, Mariano, Edgardo El Viejo,

El Que Dudó 3 Días, Samuel llamado El Burro,

Héctor, Marcial, Ramiro,

qué angosto corazón, qué reino habitan.

Y ya ninguno pregunte sobre el peso y la medida de los hermanos  
muertos,

y ya nadie les guarde repugnancia o temor.



**AGUA QUE NO HAS DE BEBER**  
(1971)



## CONTRA LA FLOR DE LA CANELA

Para hacer el amor

debe evitarse un sol muy fuerte sobre los ojos de la muchacha,  
tampoco es buena la sombra si el lomo del amante se achicharra  
para hacer el amor.

Los pastos húmedos son mejores que los pastos amarillos  
pero la arena gruesa es mejor todavía.

Ni junto a las colinas porque el suelo es rocoso ni cerca de las aguas.

Poco reino es la cama para este buen amor.

Limpios los cuerpos han de ser como una gran pradera:  
que ningún valle o monte quede oculto y los amantes  
podrán holgarse en todos sus caminos.

La oscuridad no guarda el buen amor.

El cielo debe ser azul y amable, limpio y redondo como un techo  
y entonces

la muchacha no verá el Dedo de Dios.

Los cuerpos discretos pero nunca en reposo,

los pulmones abiertos,

las frases cortas.

Es difícil hacer el amor pero se aprende.



**COMO HIGUERA  
EN UN CAMPO DE GOLF  
(1972)**



# ARTE POÉTICA I

## I

Un chancho hincha sus pulmones bajo un gran limonero  
mete su trompa entre la Realidad  
se come una bola de Caca  
eructa  
pluajj  
un premio

## II

Un chancho hincha sus pulmones bajo un gran limonero  
mete su trompa entre la Realidad  
—que es cambiante—  
se come una bola de Caca  
—dialécticamente es una Caca Nueva—  
eructa  
—otra instrumentación—  
pluajj  
otro premio

## III

Un chancho etc.

UN SONETO DONDE DIGO  
QUE MI HIJO ESTÁ MUY LEJOS HACE YA MÁS DE UN AÑO

—¿Ustedes tienen niños?

—Uno. Pero está en el Perú.

«Oh tu líquida y redonda habitación: la cómoda, la bien dispuesta,  
la armoniosa.

Y de pronto en el aire de las cuatro estaciones y los dioses: que  
los dioses te sean propicios».

Cuando escribí esas cosas aún estabas entre la gran vitrina donde  
fuiste exhibido 5 días

en competencia con los recién nacidos: «y mira esos ojazos» (tía  
Norma), «el más lindo de todos» (tía Inés),

y tú la ignorabas como el techo de un auto acribillado por los  
escarabajos voladores que mueren en el aire,

monarca de tus necesidades y el chillido de los que tienen hambre,  
se mojan y se embarran para honrar el planeta.

Después te llevamos al reino clase-media-acomodada de tu abuelo  
—yo volví de Ayacucho sin trabajo (el haragán) hasta que otra  
vez fui profesor, pero en San Marcos

pagan poco y hubimos de seguir entre los cuadros de Primera  
Comunión y el vino controlado—

y el amor de la familia giraba y te giraba como las moscas borrachas  
en medio del verano.

Y cómo te arrastrabas en las 4 estaciones —«gatea muy bien para  
su edad»— y merodeabas la edad de la memoria

cuando el gran haragán y su mujer se metieron a un barco —50000  
toneladas de hierro— que partía esa noche, y después

escribió (el haragán):

«el viento soplaba y resoplaba sobre ti, nuestro recién nacido,  
cáscara de plátano donde pastan las moscas».

Cáncer y Capricornio fueron viejos una y otra vez y las banderas  
se hundieron en la arcilla como todos

los mejores caballos con la barriga abierta

y esta lluvia que oxidó a los romanos en las tierras del Norte

me encierra entre mi caja de Corn Flakes

a escribir por las puras  
sin corona de yerbas ni pata de conejo que me salven.  
Al dulce lamentar de 2 pastores: Nemoroso el Huevón, Salicio el  
Pelotudo.

*marzo 1968*

## DOS POSTALES

### I

#### POSTAL PARA LIMA

Las caravanas ya volvieron de Egipto  
y dan noticia  
del borracho que busca un Alka-Seltzer  
en las aguas revueltas,  
del borracho  
más solo que una higuera  
en un campo de golf.

(ILEGIBLE) AL TERCER AUDITOR (ILEGIBLE)  
VECINOS TODOS DE LA CIUDAD DE LIMA

“En la provincia del Este hay hombres que construyen una casa cada 18 horas y en un par de semanas una iglesia.

En la provincia del Oeste hay hombres que demuelen una iglesia cada 18 horas (porque hay muchas) y tumban una casa cada viernes.

En la provincia del Noroeste construyen tantos muros como muros derriban. Aquí se puede hablar de un equilibrio, y éstos son los más.

Y en dos de esas provincias he sido yo mal visto y maltratado: las firmas constructoras me cerraban las puertas y así también lo hicieron las de guerra.

Y en los únicos campos donde fui recibido levantaban murallas y torres y terrazas (ya lo dije) que las iban a hundir el mismo día —y aunque siendo esas cosas mi afición principal y muy primera, sentí que no valían la pena ni el trabajo.

De modo que hay apenas certezas que acompaño: los vientos que regresan del alto mar Pacífico, el frío que comienza, este par de pulmones que se inflan y desinflan, problemas digestivos cada fin de semana, un gordo corazón ruidoso y enredado, y el final de este informe —inútil testimonio del inútil oficio de rendir testimonio.

Búsquese, pues, algún otro letrado. Desde este año de gracia mis cuidados habrán de dedicarse a ese (ilegible) que es también a la larga un (ilegible)”.

## PICA EN FLANDES

EN EL RIJK MUSEUM

LOS TURISTAS ALEMANES CELEBRAN A MARGARITA DE PARMA

Y son las mismas aguas.

Entre los viejos ladrillos ni el aire cambia, en los canales  
aún se bambolean los vientres y las nalgas de los hombres  
del gran duque Juan de Alva, mercenarios comprados en Bruselas,  
soldados arrogantes en tiempos de *Las Lanzas*  
—que Velázquez llamó *La Rendición de Breda*.

«Un holandés es malo, peor dos».

La guerra los pescó despreocupados  
persiguiendo muchachas —«que en Flandes folgarás muy a tu  
gusto»—

y en vinos de consumo y la ginebra y estas revueltas calles  
que vienen desde el mar y al mar regresan.

Y allí están todavía, en Oude Zyds,  
más viejos y barbados después de la derrota y blandos por el musgo,  
hartos ya de folgar.

La corriente del Este los arrastra hacia los barcos petroleros y las  
torres,

pero antes de los gallos

las aguas del Oeste los habrán ya devuelto al Oude Zyds

—donde lanchas cargadas de turistas los evitan  
como a los bueyes muertos que infectan los canales.

## TRES ÉGLOGAS

### I

#### LLUVIA (LONDRES)

Las primeras lluvias son una oportunidad para meterse en la cama,  
las siguientes para que los zapatos se desclaven y rechinen como  
tiza mojada en la pizarra,  
para que la casa se inunde (+ líquenes + musgos + culebras),  
para que el hígado engorde como un canto de guerra,  
y después el silencio,  
que ya no ha de acabarse aunque cese la lluvia.

## SOL (BORNEMOUTH)

Nunca vi sol tan blanco —ni aun ese verano  
en que fue Punta Negra más roja que los campos de Marte ni en  
los campos  
de mi vieja memoria—  
y este sol rueda en todo mi cuarto y lo repleta  
como los bueyes gordos y brillantes que repletan el aire,  
y va el zorro con su hembra  
y el mono con su hembra  
y el ciervo con su hembra,  
y abren sus blandos lomos al calor  
mientras la luz los lava de la sangre y los hongos que les dejó el  
invierno.  
Las ratas se resuelven, mordisquean  
el pasto con desgano, los pies de los amantes descuidados,  
las flacas perdices de la luz.

## VIENTO (HAUT-DE-CAGNES)

A mí me jode el viento,  
aun si es literario como el Mistral que  
pasa  
por  
mi  
casa

y nombra los hoteles y los vinos  
enredándome el pelo que yo quiero ordenar como una granja  
cada yerba en su sitio, cada animal.  
Cuando sale del agua trae arena, náufragos, tablones de naufragio  
que dispone con calma entre mis ojos.  
De los bosques: espinas, ramas altas y dardos y lechuzas.  
(De las calles de Lima: tierra,  
tierra,  
tierra,  
un poco de vidrio molido).

## POR PANCHO SALAS, POR NOSOTROS

Así es, viejo,  
no se puede jugar con esas cosas  
—hígado, corazón, cerebro.  
«Un dolor de cabeza y entró en coma»,  
y entonces no hay más días  
para cortarse el pelo,  
para cobrar las deudas o pagarlas  
—y se cierran los templos  
del Sol y de la Luna.  
«Fue un caso en un millón»,  
pero ya no caminas bajo el pino  
de la calle Arenales  
y ya no escoges más  
entre el trigo y la paja  
—las leyes de la oferta y la demanda.  
Un dolor de cabeza, viejo,  
y ni te enteras  
de la arteria obstruida y esas cosas  
que después todos saben  
menos uno  
—canto y dolor de los sobrevivientes.  
Llueve en las colinas de Southampton,  
el agua pasta entre las viejas tumbas,  
y esta noche  
los sabios, los holgados  
—libres ya de negocios,  
guerras de religión,  
dolor de muelas—  
son tan altos y antiguos como tú.

*Southampton Hospital, mayo 69*

POR LA NOCHE  
LOS GATOS O MIS OCHO VECINOS PENSIONADOS DE GUERRA  
(CAGNES-SUR-MER)

Todos los gatos de la región son un ruido en el techo,  
igual que el de los reos fondeados entre bolsas en un hueco del río  
—ritos de amor, ritos de combate—  
hasta que se descuelgan ya muertos o cansados para asediar mi casa,  
se revuelven  
como tribus de arañas en el fondo del agua, me reclaman  
un lugar en el lecho y de comer según los usos del último tratado  
—alianza concertada con el viejo que dio nombre a los gatos,  
sembró las margaritas, los geranios  
(donde orino cuando estoy apurado),  
comió sobre esta mesa,  
durmió sobre esta cama  
como un sapo.  
Las moscas de mi mesa son las mismas que engordan en la mesa  
de mis 8 vecinos pensionados de guerra,  
son de vuelo pesado y paso torpe, mansas para la muerte, son el día.  
Por la noche los gatos.

Allá vuelven.

Cierro la puerta con 2 vueltas de llave, toco madera.

## HOSPITAL DE BROUSSAILLES EN CANNES

Casi no hay diferencia entre el Palacio de los Deportes y este Hospital  
Para los 2 sopla el viento y brilla el sol y los turistas  
no chillan en ninguna de sus puertas

(Allá tienen el Fuerte Fenicio reconstruido por Trajano  
reconstruido por el Duque de Savoya  
reconstruido por Grimaldi  
reconstruido por De Gaulle)

El Hospital y el Palacio son blancos

El Hospital y el Palacio 1 son franceses

2 son de cemento

Son el Titanic y el Île de France encallados a unos cuantos  
kilómetros del agua

Son el Plan Marshall

El Palacio está lleno de jóvenes que practican deportes

En el Hospital estoy yo y me han sacado

4 tubos de sangre

6 botellas de orines

una radiografía

2 encefalogramas

un electrocardiograma

Mientras el sol calienta y se organiza el Festival de Cine  
a mí me duelen los huevos la memoria las últimas costillas  
voladoras.

## LONDRES VUELTO A VISITAR (ARTE POÉTICA 2)

*London's burning*  
*London's burning*

Por qué demonios tuve que volver a buscar esos muertos que ya otros habían enterrado.

8 Gloucester Road, 10 Redcliffe Gardens, Earls Court, Nevein Square, Metro de Sloane.

Coliseos después de los cristianos, cáscaras de huevo destruidas y armadas a lo largo de todo mi destierro.

«Las ciudades son las gentes que dejas». Y qué había dejado sino cuentas del Kensington, la casa sin pagar.

Mis amigos se aburrieron de mi peña, y yo de leer versos para caer en gracia. Al fin y al cabo

las iguanas no podían echarle la pelota a sus agallas porque ya no servían, ni aullar por sus aletas llenas de uñas:

no había más remedio que saltar a la tierra (fin de la Era Terciaria).

Pero es bravo saber cómo y cuándo se pasa de ese Antes De Cristo al Después De,

si uno sale a la calle el día uno (siendo el siglo primero) y cree que es un viernes 24

(esto suena a Vallejo) y encuentra un Daily Mirror en el Metro y se entera que es jueves.

De ahí la explicación por qué Bernini perdió su clientela —próspera, al día en las noticias—

haciendo planos amplios, detallados del Gran Renacimiento cuando el mundo pasaba al corral del Barroco.

Ahora lo sabemos.

Elsham Road. Allí está la casita donde íbamos a ser felices como chanchos.

Y el griego de la esquina que no me reconoce todavía. Cómo decirle «he vuelto después de casi un año»,

si aún no me comprende cuando pronuncio harina, lechuga, perejil (ah los griegos son duros de la oreja).

Mi primera esposa se quedaba dormida antes de los horarios convenientes, mis amigos

practicaban costumbres parecidas. Y el mundo es terminar chupando con algún sudafricano negro, con algún sudafricano blanco (a favor de los negros) y una reja

que en la noche rechina y te entusiasmas y entonces te imaginas a un viejo visitante:

la muchacha que juró perseguirte por las siete provincias, un dramaturgo inglés con yerba en los bolsillos. Una gorda que regresa cansada, que trepa a su covacha, eructa —no te saluda más.

Por todas esas cosas nunca vale la pena volver a las ciudades (ni habitarlas).

Y aquí, en la frontera con Italia, otra reja rechina. Es el Mistral, es la gorda extranjera que te eructa.

A veces piensas que si fuese la Muerte también te alegraría (y esto resuena a Heraud).

Y en Lima rechinaban esas rejas, y una y otra vez eran la misma, la redonda impostora, la que eructa: Ceniceros repletos, el humo como un choro entre su concha (bajo el viejo silencio del primer cigarrillo), y en la calle

te es la misma vaina treparte al colectivo que va al Norte, treparte al colectivo que va al Sur

(«un laurel viejo de las manos del propio Virgilio y de manos de Erasmo una medalla rota»).

Me parece mentira que no aprendas.

Ya van a repetir —si lo repiten— que rampas entre tonos y entre temas de algún Romanticismo.

Sea el Arte Poética      El libro de mis libros se acabó.

# A DEDO HASTA FLORENCIA

## I

### EL DUOMO Y SUS ALREDEDORES

Todos los caminos conducen al Duomo.  
Nada puede nuestra voluntad.  
Todos los puentes del Arno,  
todos los turistas (inclusive  
los centroamericanos)  
hallan el viento y los semáforos propicios  
para llegar al Duomo.  
Los mapas y sextantes tan inútiles son como las ganas  
de huir o de orinar. Estás cercado  
entre los mármoles del templo y las excavaciones arqueológicas,  
sin servicios higiénicos ni refugio aparente. Oh mi almita  
en las murallas del alto Bautisterio:  
3 puertas de bronce repujado (una de Donatello & E. Cennianni),  
130 alemanes,  
un par de mexicanos  
y la caca de todas las palomas del planeta. Oh mi almita  
el tombo que te pide los papeles es el último Medicis.

## FIRENZE CAMPING

A las 11 y 30 se cierran los portones y las luces  
 no se apagan jamás.  
 Cansado estás como una hoja de yerba \*  
 (305 caravanas cada día y siempre el mismo sol, la misma yerba).  
 Altos los reflectores sobre tus ojos,  
 sobre los ojos de todos los que duermen entre el aire y la tierra.  
 Cuando te compres una carpa,  
 cuando te compres una caravana,  
 cuando te compres un cuarto  
 (en el Hilton Florence por ejemplo)  
 has de dormir en paz con Dios y con los hombres.  
 Los sapos y el rocío chapalean en tu bolsa de dormir.  
 Ah si pudieras dormir entre los sapos y el rocío,  
 pero a las 11 y 30 no hay más puentes  
 para cruzar el foso, ni barcas ni el derecho  
 a elegir tus amigos.

He aquí la tierra prometida,  
 veloz y pasajera como italiano joven en un Alfa Romeo.  
 No esperaba otra cosa,  
 mas para esto

todas las caminatas bajo la sal del sol?  
 y esa noche de Pisa?  
 más lento que culebra en el almuerzo,  
 más ciego que luciérnaga en el día.

Oh mi almita  
 hay un Mozart furioso que rechina  
 desde alguna muralla que el mapa no consigna.

# HOMENAJE A ARMANDO MANZANERO

(ARTE POÉTICA 3)

Ya no sé si esta tarde vi llover es de armando manzanero o es  
el canto primero de mi primera infancia  
y de nada han servido las sílabas contadas y vueltas a contar la  
guerra santa contra el lugar común de nada el amor viejo  
por el viejo arnold schoenberg  
no es cosa de explicarse como mann o la muerte en venecia «así  
a la tarantella del café dejé dormir al crítico que yo era»  
sólo que ya no hay lenin ni martí que puedan devolverme la casa  
de ayacucho (no esa casa) y los ojos tranquilos  
los libros son adobes de una torre que nunca edificué tu peux lire  
en français in english too a gran velocidad en  
castellano  
mas ya no hay corazón que aguante a robert lowell ni hay más  
hígado libre  
qué mal le fue a vallejo y sin embargo creía (y su buen poco) en  
«las auroras rojas de los pueblos»  
ahora a cada almuerzo me negocian con mi tribu y mis animalitos  
como al canal de suex los votos de la onu los  
cohetes de combate el puerto de honk kong  
esta tarde vi llover vi gente correr y no estabas tú y si a usted no  
le importa un carajo / no escribo para usted  
soy yo quien sembró el árbol tuvo el hijo escribió el libro  
y todo lo vi arder 100 años antes del tiempo convenido.

OTRA VEZ EL INVIERNO + «DOS INDIOS»  
DE ALFREDO BRYCE

*—Regreso al Perú, dijo sonriente  
y optimista. La sonrisa y el opti-  
mismo le quedaban muy mal.*

Las presiones bajas han llegado con los vientos del norte —densidad  
de las lluvias:

1.4 pulgadas & 90 % de humedad. Y yo sigo en Europa.

Tengo que salir entre las olas, preguntar/ cuánto cuesta el pasaje  
para Lima.

Pero no tengo paraguas,  
porque yo nunca tuve paraguas,  
nadie en Lima tiene paraguas.

Cierto es que ya he comprado 2 ó 3 desde que habito en el fondo  
del mar,

pero los he perdido como he ido perdiendo a mis amigos / el  
tiempo/ las esposas.

De todas-todas voy a ponerme un techo en la cabeza —Times, Le  
Monde, Nice Matin—

y enterrarme entre los vientos y las olas, salir de mi covacha: es  
el momento.

Salir de mi covacha, si no salgo  
me he de comprar una cama de dos plazas,  
unas botas de jebe,  
una estufa de gas,

y así nunca sabré cuál es el precio de un pasaje al Perú.

Y me voy a quedar entre las villas, mosqueando entre las tribus  
de Niza que me dicen

lo mismo que una foto de familia de una vieja familia que nunca  
conocí.

Tengo que volar a Lima, aunque temo  
no poder reconocirme entre la foto/ de mi foto en familia.

## CRÓNICA DE VIAJE / CRÓNICA DE VIEJO

En todas las ciudades obeliscos, leones, gorros frigios por los muertos en guerra de 2 guerras que nunca conocí.

Arcos de triunfo que celebran mi condición de esclavo, de hijo de los hombres comedores de arroz.

Mármoles que aún, alegre idiota, encontré hermosos creciendo entre la nieve. (*Cuántos metros de nieve te han bastado para ser sorprendido, hombre del sur*).

Arcos de triunfo donde nunca oriné con sabia holgura (ni en las noches de invierno), donde nunca disparé mi ballesta o esculpí algún dibujo obsceno.

## EL REY LEAR

*Quiero que mi hijo tenga lo que yo no tuve*

Déjese de cosas: usted toma mujer y se hace de un par de hijos y se pasa la vida en sus trabajos ni limpios ni muy sucios hasta apilar 100 columnas de monedas de cobre abajo de la cama y después con el tiempo —usted es de usos honrados salvo que la honradez etcétera— guarda 2000 columnas más en el ropero y 60 en el techo del baño y entonces es el viejo monarca que va a construir un castillo en tierras de frontera antes de su muerte y antes de la muerte del mayor de sus hijos, «con el baño completo en los altos y un bañito en la entrada» y entre las arenas y el torreón del oeste sembrará los manzanos y el bosque de los robles que serán una soga entre sus hijos y los hijos de sus hijos y los otros que lleven su nombre, pero sabe que se puede enredar en una de esas ramas y Absalón —su hijo «el mayorcito, que va a ser ingeniero»— le abrirá la cabeza en 2 como una palta. Ahora usted evita las ramas y cambia los bosques por los acantilados: sobre la arena mojada su caballo es alegre y veloz, las naves enemigas no embravecen el mar, sólo el aire que sopla trae el frío de los cascos normandos —«allí nomás estaba el gerente general en su carrazo, me hice el que no lo vi»—, pero a ninguno de sus hijos le interesa su guerra con los normandos ni aprendieron a usar la ballesta, y usted de la oficina a la casa cuidándose de andar bajo las ramas, y otra vez al torreón del oeste —entre la cocina y el cuarto de fumar: el baño está siempre ocupado y en los cuartos que sobran ni una araña/en la noche cuando el aire está limpio: la luz de las otras ventanas, los grandes anuncios luminosos,

y usted aprovecha que baje la marea, se ajusta las sandalias de venado, el manto: cabalga junto al mar,  
y Absalón —el menor «será un gran abogado este muchacho»— abre la red sobre la blanda arena y alza su arpón de hueso —no le gusta—, ya sé, haga su cuenta de nuevo, déjese de cosas: usted toma mujer y se hace de un par de hijos y trabaja y etcétera hasta apilar 100 columnas de etcétera abajo de la cama y sube el dólar en un 50% y desembarcan los normandos después de volar esos torreones nunca construidos y sus monedas de cobre son cáscaras de huevo que aplasta el aire. De acuerdo, sus hijos no han salido mejores que usted, pero igual lo esperan en el bosque de robles y al borde de las aguas y ahora moléstese en buscarlos: ya no sobra otro invierno y esta rueda se atraca.

«MUCHOS ESCRITORES  
TIENEN QUE DEDICARSE A LA ENSEÑANZA»

Años ya que estoy en este oficio: tomar la vaca entera (o sus indicios / su representación), mostrarla, señalar sus veinte partes, nombrar como en un mapa lo que habrá de caer bajo el cuchillo, hacerlo repetir, repetir, explicar que ésas no son las partes de la vaca: las partes de la vaca para el caso a tratar, que no se trata de un problema de carne o de pellejo sino de anatomía. Un problema de carne y no de amor me tiene con la tiza / el cuchillo / la vaca / la pizarra, «así me gano el pan» —mis excusas amables como un vaso de leche, tan mansas como un par de huevos fritos.

Así no pertenezco al sindicato, ni frecuento el hotel de carniceros después de la jornada.

Pero eso no me salva, años ha que estoy en el oficio: repiten y repito, repiten —y repito mi nombre, mi apellido, a ver si me contesto desde el público, del fondo de una silla, mas no hay grillo ni hormiga que resuenen, se han ido para siempre con los nombres de otra generación: plomeros ya, arquitectos, ya muertos, mercaderes, ya gente del oficio.

Oh excusas más domésticas que un padre, más que un hijo: un idioma extranjero entre los dos (sin método ni libro). Dos cuartos con una sola puerta, sellada, remachada. Hasta que el agua y la tierra se confundan como dicen que ha sido alguna vez.

## SOBRE EL LUGAR COMÚN

No es mi culpa si llueve y mi pellejo es el único muro que contiene  
la ciudad asediada,  
el frío, las tinieblas  
y los autos veloces con sus faros brillando entre las aguas como el  
ojo del gato,  
como tercios en Flandes:  
provisiones, cañones, catapultas arman un campamento en campos  
de ganado y las colinas,  
el estado de sitio  
es una imagen del amor cortesano y en los cuadros de locos es  
una imagen del alma,  
y los ojos de un gato  
brillan siempre cuando el aire está negro y ya todos lo saben y en  
la noche ya no hay quien los confunda con los perros, las  
muchachas que escapan de su casa,  
entre la lluvia  
y el hígado caben el hielo y las tinieblas si no se habla del Trópico,  
de la ciudad sitiada  
ya no hay nada que hablar, a los dos lados de las altas murallas  
entierran a sus muertos sin ceremonia alguna,  
bajo el agua



**EL LIBRO DEL LOCO AMOR**  
(1972)



## EN EL 62 LAS AVES MARINAS HAMBRIENTAS LLEGARON HASTA EL CENTRO DE LIMA

Toda la noche han viajado los pájaros desde la costa —he aquí la migración de primavera:

las tribus y sus carros de combate sobre el pasto, los templos, los techos de los autos.

Nadie los vio llegar a las murallas, nadie a las puertas —ciudadanos de sueño más pesado que jóvenes esposos— y ninguno asomó a la ventana, y aquéllos que asomaron sólo vieron un cielo azul-marino sin grieta o hendidura entre su lomo —antes fue que el lechero o el borracho final— y sin embargo el aire era una torre de picos y pellejos enredados, como cuando dormí cerca del mar en la Semana Santa y el aire entre mi lecho y esas aguas fue un viejo gallinazo de las rocas holgándose en algún patillo muerto —y las gaviotas-hembra mordisqueando a las gaviotas-macho y un cormorán peludo rompiéndose en los muros de la casa.

Toda la noche viajaron desde el Sur.

Puedo ver a mi esposa con el rostro muy limpio y ordenado mientras sueña con manadas de morsas picoteadas y abiertas en sus flancos por los pájaros.

## DOS SOBRE MI MATRIMONIO UNO

### I

«Una vez que la fragata fue amarrada en el muelle,  
Úrsula bajó a tierra y la siguieron  
más de 11000 muchachas que tampoco conocían varón».  
Y me topé contigo, Recién Desembarcada.

Yo construí un hogar sobre la piedra más alta de Ayacucho, la  
 más dura de todas,  
 guardado por el puma y el halcón y bajo techo / una fogata redonda  
 y amarilla.

Pero poco quedaba por ganar: apenas fue el final de esa alegría  
 guardada y desgastada entre los años  
 —hace siete veranos por ejemplo,  
 gloriosos y enredados junto a las grandes olas y lejos de los ojos  
 de tu tribu.

Pero cualquier chillido —un pelícano herido, una gaviota— podían  
 devolvarte el viejo miedo,  
 y entonces / volvías a cruzar los muros de tu tribu por la puerta mayor  
 —el pelo y las orejas / eran toda la arena de la playa.

Y es el miedo que nunca te dejó, como la ropa interior o los  
 modales.

Qué fue eso de casarse en una iglesia «barroco colonial del XVII  
 en Magdalena Vieja»

—pero la arquitectura no nos salva.

Verdad que así tuvimos un par de licuadoras, un loro disecado, 4  
 urnas, artefactos para 18 oficios, 6 vasijas en cristal de  
 Bohemia y 8 juegos de té con escenas del amor pastoril (que los  
 cambiaste por una secadora de pelo y otras cosas que nadie  
 te había regalado).

Así, muchacha bella, cruzaste el alto umbral (bajo el puma de  
 piedra, el halcón de piedra,

la fogata que da luz a los dos lados del valle de Huamanga  
 —banderas que a la larga también se hicieron mierda).

Ahora ni me acuerdo de las cosas que hablabas —si es que hablabas,  
 de las cosas que te hacían reír —si es que reías,  
 y no puedo siquiera ni elogiar tu cocina.

Fuiste un fuerte construido por el miedo (imagen medieval) que  
 no supe trepar o que no pude.

Ahora ni me acuerdo si es que fuiste un fuerte construido por el  
 miedo (imagen medieval),

ni si supe trepar ni si no pude.

Escribir este poema me concede derecho a la versión.

## DE LA NATURALEZA Y EL AMOR

1, El Reino Vegetal —frutos de exportación:  
mandarinas, naranjas. 2,  
El Reino Mineral —edificios históricos:  
templo románico sobre la colina  
(granito). Subimos, mi señora,  
a ofrecer las banderas de ningún caballero,  
como el trigo y la paja confundidos  
antes de la fogata. Y he aquí  
que holgamos en las tumbas de los hombres gentiles  
—prósperos sembradores de Mirmande.  
Y usted fue tan alegre como yo  
a pesar de los vientos del Norte  
y esos escarabajos: 3, Reino Animal.

## CUATRO BOLEROS MAROQUEROS

### I

Con las últimas lluvias te largaste  
y entonces yo creí  
que para la casa más aburrida del suburbio  
no habrían primaveras  
ni otoños ni inviernos ni veranos

Pero no

Las estaciones se cumplieron  
como estaban previstas en cualquier almanaque  
Y la dueña de la casa y el cartero  
no me volvieron a preguntar  
por ti.

### II

Para ovidarme de ti y no mirarte  
miro el viaje de las moscas por el aire

Gran Estilo  
Gran Velocidad  
Gran Altura.

### III

Para olvidarte me agarro al primer tren y salgo al campo  
Imposible  
Y es que tu ausencia  
tiene algo de Flora de Fauna de Pic Nic.

### IV

No me aumentaron el sueldo por tu ausencia  
sin embargo  
el frasco de Nescafé me dura el doble  
el triple las hojas de afeitar.

**EL LIBRO DE DIOS  
Y DE LOS HÚNGAROS  
(1977)**



## DOMINGO EN SANTA CRISTINA DE BUDAPEST Y FRUTERÍA AL LADO

Llueve entre los duraznos y las peras,  
las cáscaras brillantes bajo el río  
como cascos romanos en sus jabas.  
Llueve entre el ronquido de todas las resacas  
y las grúas de hierro. El sacerdote  
lleva el verde de Adviento y un micrófono.  
Ignoro su lenguaje como ignoro  
el siglo en que fundaron este templo.  
Pero sé que el Señor está en su boca:  
para mí las vihuelas, el más gordo becerro,  
la túnica más rica, las sandalias,  
porque estuve perdido  
más que un grano de arena en Punta Negra,  
más que el agua de lluvia entre las aguas  
del Danubio revuelto.  
Porque fui muerto y soy resucitado.

Llueve entre los duraznos y las peras,  
frutas de estación cuyos nombres ignoro, pero sé  
de su gusto y su aroma, su color  
que cambia con los tiempos.  
Ignoro las costumbres y el rostro del frutero  
—su nombre es un cartel—  
pero sé que estas fiestas y la cebada res  
lo esperan al final del laberinto  
como a todas las aves  
cansadas de remar contra los vientos.  
Porque fui muerto y soy resucitado,  
loado sea el nombre del Señor,  
sea el nombre que sea bajo esta lluvia buena.

NACIMIENTO DE SOLEDAD CISNEROS  
(29 enero 75)

Corrí, caballo rojo, bajo el blanquísimo cielo del invierno,  
aterrado y alegre entre los cuervos,  
hasta hallar ese taxi brillante como hoja de afeitar.

El Arca de la Alianza.

Y fue entonces el día de la nieve.

Y Nora era el dolor del duraznero.

Y yo el vigía,

guardián de las hogueras en un corredor del hospital.

(Todo el fuego robado a Budapest).

Fue el día de la nieve.

Y naciste mi dama.

Y yo tu caballero.

EL PUERCOESPÍN  
(el día que Soledad se fue al Perú)

Fue un avión holandés de mediodía.  
Custodiamos su vuelo hasta que se perdió  
como una flecha contra el sol.

Esa noche vimos al puercoespín.  
Un puercoespín en las colinas de Budapest.  
Pequeño y peludo nos miraba detrás de un laurel rosa.  
El primer puercoespín de nuestras vidas.  
Su hociquito dulce y remojado  
era el rostro final de Soledad.  
Nos miraba con los ojos de boliche que miraban  
las nubes del océano en un avión holandés.  
Y fue todo.  
Después huyó entre las altas yerbas.  
Asustado.

## CAFÉ EN MARTIROK UTJA

Hay una lámpara floreada sobre el piano  
y una estufa de fierro.  
Bebes el vino junto a la única ventana:  
un autobús azul y plata cada cinco minutos.  
Pides el cenicero a la muchacha  
(alta flor de los campos ven a mí).  
La luz del otoño es en tu vaso  
un reino de pájaros dorados.

Pero pronto anochece.  
Los autobuses no son azul y plata,  
el cenicero es una rata muerta,  
el vaso está vacío.  
La muchacha partió cuando encendieron  
la lámpara floreada y tú mirabas  
la lámpara floreada.

Puedes pedir otra jarra de vino,  
pero esta noche  
no esperes a los dioses en tu mesa.

## TIERRA DE ÁNGELES

Aquí terminan los álamos.  
El tranvía ha llegado a la frontera.  
Ni un alma entre las torres.  
Ni una torre.  
(Chilla un gato en la niebla como un niño peruano).  
El muro inacabable de ladrillos  
repetidoš y rojos como un ojo de mosca,  
el café sin ventanas contra un aire de plomo  
(fue el café),  
la mala yerba en la cerca oxidada  
(fue el jardín),  
el poste de madera con su lámpara rota  
(fue la luz).

Carbón sin brasa, no guardas ni la muerte.  
Te sobrevive apenas ese gato  
oculto tras la sombra del borracho que cruzó la frontera  
en pos de los tranvías amarillos.

## TU CABEZA DE ARCÁNGEL ITALIANO

### I

(JUTKA)

Tu cabeza de arcángel italiano no se conviene con esos ojos llegados  
a caballo allende los Urales.

Pero eres bella como una fruta fuera de estación.

(Y dices que tu madre lleva el rostro de las antiguas hembras de  
los hunos).

Amas los vinos fuertes y abundantes —*el mar de España*, dices—  
y maldices

la luz de un patrullero a medianoche. Y no tienes papeles.

## (EL PADRE A JUTKA)

—«El laberinto, Jutka, el laberinto. Sin ton ni son rebelde. No  
conoces  
del violín (que detestas) ni del hambre.  
Naciste y nuestra casa era una casa vencida por la guerra. Y sin  
embargo  
tuvimos un invierno con pimientos y tocino salado. (Y noches en  
silencio).  
Nada sabes del tiempo en que la gloria era una rata roja —mi  
amapola— asada en la trinchera.  
Tu laberinto, Jutka, tu laberinto. De locos, no de rebeldes.  
Crecen los altos pastos en perfecto silencio. Y temes tanta paz.  
Amo la paz (no la paz de la oveja). Yo el hijo de la peste me  
rebelo.  
Y no mires así. Aquí nadie ha vendido su alma al diablo, ni soy  
la mala hierba.  
Brilla Mercurio sobre la tierra fresca.  
Besa mis manos, Jutka. Ve a dormir».

Tras esa puerta quedan —por ahora— hombres y ratas mordiéndose  
en la vieja memoria de tu padre

—a la espera del sueño de laurel.

*Los jóvenes guerreros han llegado a la calle del Pez. El tío Miska  
—ya muerto en la Cuaresma— grita en mal ruso: al diablo  
con la guerra, caballeros, la guerra terminó.*

Y tú sueñas también. Pero tus sueños no son unos soldados en la  
calle del Pez.

(Silencio del obús y de la rata —roja como amapola).

Naciste cuando el musgo envejecía entre los nuevos puentes sobre el río.

*Orden y construcción del socialismo.*

Y el recuerdo de la guerra era tan sólo un poco de ceniza con el viento de invierno.

Mansos días en las verdes colinas bajo el sol.

Pero el orden también era el lamento o el grito oscuro bajo los reflectores

y la paz de la oveja

—sonrisa del que busca una casita en las verdes colinas bajo el sol.  
(Besas sus manos).

(EL SUEÑO DE JUTKA)

*La Guardia Blanca: Denikin  
en los campos de Ucrania.  
La Guardia Roja cabalga en la frontera.  
No acepta el armisticio ni el reposo.  
(Muerte a Denikin  
& muerte a los bandidos de Polonia).  
Graznan los patos sobre un bosque de abetos.*

Graznan los patos y se aman los muchachos bajo este cielo azul  
como sus jeans.

Ignoran el violín y la opereta en el gran laberinto. Nada saben  
del tiempo de las ratas. Y temen el silencio a medianoche.

Los grandes autos negros que cruzan el Danubio (azul) son  
testimonio

de unos hombres antiguos —rebeldes y ordenados como el cabello  
lacio.

## TRANVÍA NOCTURNO

Sido como fui el fauno real de Niza, la pantera —de Argel— en  
el Hyde Park, gárgola alegre del valle de Huamanga,  
oh vedme convertido en el gorgojo tuerto del Danubio: pimientos  
y vigilias sin rumbo y sin respuesta.

Virgen necia entre las vírgenes prudentes, un solo ojo apestado  
que no ve

el cielo atrás del cielo, el triunfo de los hombres que vendrán.

Sin lámpara de aceite que descubra las más verdes colinas en los ojos  
de un borracho fondeado en el tranvía a la hora del búho.

Campos de ámbar y avena que no oteo, gorgojo que ahora evito:

No hay días venideros, apenas un tranvía cargado de borrachos  
como un carbón prendido entre la niebla.

## MUCHACHA HÚNGARA EN HUNGRÍA OTRA VEZ

(RECUERDA AL PERÚ)

Aquí no soy Sofía la del rancho celeste en los acantilados.

Un cangrejo pesa 300 gramos, tiene 10 patas, 2 antenas peludas y es color de ciruela cocido por el fuego.

Su lomo es duro como piedra-pizarra. Pero sus pinzas son más duras todavía.

En la playa lo abrimos contra una roca. En la mesa del comedor con un martillo azul de picar hielo.

Bajo el lomo están las aguas de coral, los pellejos y cierta carne de ordinaria calidad.

Mas la blanquísima carne de las pinzas es perfecta como el viento en el verano.

No recuerda ave ninguna ni ganado ni pez.

Aquí no soy Sofía y mi memoria confunde alguna vez aquel sabor con un sabor de trucha o de ternera.

Y sin embargo son carnes tan distintas como el fuego y el hielo.

Ahora las colinas amarillas se acercan al invierno. El quinto invierno desde que he vuelto a casa.

(Y preparo conservas de cebollitas verdes y pepinos).

Ésta es mi tierra y aquí he de florecer mientras olvido esa carne blanquísima y perfecta.

## OH SEÑOR, LAS CÁPSULAS VENADOS

Oh, Señor, las cápsulas venados que entre mi sangre viajan  
para auxilio y consuelo del páncreas más antiguo  
tinieblas son de mi alma: ballesta que me libra de la muerte  
—pena, dolor, memoria— pero prívame así del mío humano.  
Gorrión sin ala y canto, buena sangre, altísima insulina,  
pasado que no fue ni habrá futuro, sin ya poder pastar  
esa calle de Kent en el otoño, media luna de casas, puertas verdes  
donde un caballo rojo y amarillo mordía sin apuro las lavandas.

## SÓLO UN VERANO ME OTORGÁIS PODEROSAS

*In memoriam Lucho Hernández*

Y llegado el momento el tiempo se abrirá como el Mar Rojo  
bajo el sol de nuestros padres o la luz de una sala de emergencia.  
(Ni el verano de Hölderlin me otorgáis oh Parcas poderosas).  
Ya no esos camarones con almendras. Ya no son fastas las mañanitas  
o nefastas.  
Ya sólo una pradera inacabable donde pasta el potrillo y nos ama  
el Señor.  
Perdóname Señor. Me aterra esa pradera inacabable. Sigo a la vida  
como el zorro silente tras los rastros de un topo a medianoche.

## ORACIÓN

Qué duro es, Padre mío, escribir del lado de los vientos,  
tan presto como estoy a maldecir y ronco para el canto.  
Cómo hablar del amor, de las colinas blandas de tu Reino,  
si habito como un gato en una estaca rodeado por las aguas.  
Cómo decirle pelo al pelo  
                  diente al diente  
                  rabo al rabo  
                                  y no nombrar la rata.

*«Lowell retornaba en taxi a Nueva York desde el aeropuerto Kennedy. Al llegar a destino el chofer se dio cuenta de que el pasajero no se movía constatando que estaba muerto.»*

(N. Y. 13.9.77 ANSA)

Del avión al taxi, del taxi al sudor frío, del sudor al diafragma cerrado.

90000 kilómetros de sangre a la deriva en el fondo de un taxi.

Rojos caballos bajando las colinas, evitando las altas hierbabuenas, corriendo, siendo, riendo,

hundiéndose en las aguas como el sol del Pacífico.

Más libres que un cadáver azul a la deriva.

Sólo tumbos y el chillido del delfín.

Sin duelo alguno en los acantilados. En el fondo de un taxi.

(No hay quien tome tu mano y te consuele y te seque el sudor y te recuerde —en 14 segundos— el mar Atlántico contra un bosque de pinos

y el orden de la tierra perfecto como una tía vieja).

Azul a la deriva.

No hay duelo en los semáforos que guardan el camino

Ni un abeto en tu puerta todavía.



**CRÓNICA DEL NIÑO JESÚS DE CHILCA**  
**(1981)**



## Y ANTES QUE EL OLVIDO NOS

Lo que quiero recordar es una calle. Calle que nombro por no nombrar el tambo de Gabriel y el pampón de los perros y el pozo seco de Clara Vallarino y la higuera del diablo.

Y quiero recordarla antes que se hunda en todas las memorias así como se hundió bajo la arena del gobierno de Odría en el año 50. Los viejos que jugaban dominó ya no eran ni recuerdo.

Nadie jugaba y nadie se apuraba en esa calle, ni aún los remolinos del terral pesados como piedras.

Ya no había hacia dónde salir ni adónde entrar. La neblina o el sol eran de arena.

Apenas los muchachos y los perros corríamos tras el camión azul del abuelo de Celia.

El camión de agua dulce, con sus cilindros altos de Castrol.

Yo pisé entonces una botella rota. Los muchachos (tal vez) se convirtieron en estatuas de sal.

Los perros (pobres perros) fueron muertos por el guardián de la Urbanizadora.

Y la Urbanizadora tenía unos tractores amarillos y puso los cordeles y nombró como calles las tierras que nosotros no habíamos nombrado.

(También son sólo olvido).

Lo que quiero recordar es una calle. No sé ni para qué

## LA HERMANDAD DEL NIÑO

### I

Aquí todos somos de la Hermandad del Niño.  
Pocos son los gentiles.  
Los Aguirre Huamán en La Tablada.  
Los Palma y los Aguirre  
—otros Aguirre que llegaron del Norte—  
en playa África.  
(Jacinto Palma, el viejo,  
se volvió evangelista por divorcio).  
Pero aquí todos somos de la Hermandad del Niño.  
Quién va a hacerse a la mar sin un palmo  
de esa arena morada, la de Chilca  
(también de Punta Negra).  
La arenilla del Niño.  
Y nadie va a la siembra solo como un ladrón.  
Aquí todos somos de la Hermandad del Niño.  
Pocos son los gentiles.

En la casa de los comunes se gobiernan los destinos del agua y de todas las almas de este mundo.

Alta como dos cristianos y más grande que tres ballenas muertas y estiradas.

Aquí hablan por su boca los hombres y mujeres del valle y de la playa.

Y todos tienen nombre.

En la casa de los comunes cada asamblea es como una palmera.

Todos la pueden ver.

En verdad, mi padre no lo tenía de su reino; ni en pelea de perros lo quería.

No recuerdo por qué, pero decía que era blando y picante como el alma de la malagua.

Y cuando las semanas de la pesca y todos los muchachos entraban a la cala

mi hermano maldecía (el sol era un ojito de cazón).

Borracho, sin mujer ni compañero, tendido en su caballo más reseco que un palo.

Tiempo ya que ignoraba de las aguas y el brillo de los peces.

Sólo el mal brillo de una botella rota entre la arena.

Pobre, mi hermano, hecho una uva andaba y sin memoria.

Todo en su corazón era pereza. Ni era oficio la tierra ni era el mar.

Como lagarto comía en nido ajeno.

Fruto malo de la Hermandad del Niño, muerto insepulto que ninguno lloraba.

Hasta que nos maldijo y se largó.

Después contó Juan Celis que hacía contrabando caletero y robaba gallinas.

*Trabaja por su cuenta.*

Sabrán Dios si era cierto pero una mala tarde Punta Negra se llenó de patillos y vimos un lanchón

y una botella verde de Pomalca y un alma en pena sin cuerpo que velar.

Mi padre tomó su lamparín y se sentó en las rocas y esperó.

*Todos los muertos en el mar de San Bartolo, de Cangrejal, de Santa Rosa, de Santa María se vienen con las aguas.*

*Todos los muertos que pasan la rompiente y los altos cantiles de la Playa Al Revés.*

*Negros-morados como uva de Borgoña y limpios por la sal.*

*Aquí todas las aguas tocan fondo. Punta Negra:*

*Remolino final de los pescados y los hombres que fueron.*

*Y es costumbre y así es. Aunque no es ley ni en boca de los hombres*

*ni en la boca bendita del Señor.*

## UNA MUERTE DEL NIÑO JESÚS

No he prendido el lamparín de kerosene desde hace cuatro noches.  
Mis ojos sin embargo están clavados en la mecha reseca.  
Ciego ante las tinieblas como es ciega la polilla ante la luz.  
Mis ojos de carnero degollado. Pobre mierda: lechuza de las dunas.  
Y sé que el Niño no premia ni castiga. Aquí no hay Dios.  
Y sé que hay luna llena pues me duelen las plantas de los pies.  
Luna que en un par de horas ya será más oscura que este cielo.  
Aguas y vientos color de uva rosada.  
Y los devotos entonces a la mar —por unos pocos peces.  
Y las devotas entonces a los campos —por unos pocos higos.  
Tanta vaina carajo. El gallo enterró el pico.  
Un mar de cochayuyos y malaguas y un arenal de mierda.  
Somos hijos de los hijos de la sal.  
No haré un huerto florido en esta tumba. A Mala iré,  
por fiar mangos verdes y maduros y una torre de plátanos. Después  
por mi negocio iré. Todo a Lima, compadre, a Lima iré.  
El Niño está bien muerto. El aire apesta.  
Clavo la puerta.  
Entierro la atarraya.  
Enciendo el lamparín.

## AL PAVO LO EMBRIAGAN CON PISCO

Al pavo lo embriagan con pisco  
lo degüellan  
con un cuchillo belga.

Ahora salta  
como una liebre de las lomas  
y corre como un zorro

No hay un pavo tan fuerte  
en todo Chilca

Ahora lo admiramos  
(sin cabeza).

## UNA MUCHACHITA EN DOMINGO

Los antiguos rodean el altar  
como a un lomo de res.  
Nada celebran. Esperan un milagro.

Yo corro a la playa  
para cazar cangrejos  
antes que se levante la marea.

Soy tigrillo y ramita del arroz  
(dice mi abuelo).

¿Algún día seré cuervo que espera  
lluvias en el altar  
y un amante pasados los 50?

Yo nunca vi la nieve y sin embargo he vivido entre la nieve toda mi juventud.

En las Salinas, adonde el mar no terminaba nunca y las olas eran dunas de sal.

En las Salinas, adonde el mar no moja pero pinta.

Nieve de mi juventud prometedora como un árbol de mango.

Veinte varas de sal para cada familia de cristianos. Y aún más.

Sal que los arrieros nos cambiaban por el agua de lluvia. Y aún más.

Ni sólidos ni líquidos los blanquísimos bordes de ese mar.

Bajo el sol de febrero destellaban más que el flanco de plata de lenguado.

(Y quemaban las niñas de los ojos).

A veces las mareas —hora de sol, hora de la luna— se alzaban como lomos de caballo.

Mas siempre volvían.

Hasta que un mal verano y un invierno las aguas afincaron para tiempos

y ni rezos ni llantos pudieron apartarlas de los campos de sal.

Y el mar levantó techo.

Ahora que ya enterré a mi padre y a mi hermano mayor y mis hijos están prontos a enterrarme,

han vuelto las Salinas altas y deslumbrantes bajo el sol.

Hay también unas grúas y unas torres que separan los ácidos del cloro.

(Ya nada es del común).

Y yo salgo muy poco pero Luis —el hijo de Julián— me cuenta que los perros no dejan acercarse.

Si parece mentira.

Mala leche tuvieron los hijos de los hijos de la sal.

Puta madre.

Qué de perros habrá para cuidar los blanquísimos campos donde el mar no termina y la tierra tampoco.

Qué de perros, Señor, qué oscuridad.

## OTRA MUERTE DEL NIÑO JESÚS

Si yo supiera por dónde comenzar comenzaría con el corazón en la mano.

Hija y madre de pescadores y agricultores, servidora del Niño. Aquí de pie con el puño cerrado y las espigas de la tuna más seca. (Los canales de piedra hundiéndose en la arena como una rata entre los matorrales).

Ni a quién quejarme ahora.

Hemos abandonado a nuestros muertos (puedo oírlos crecer bajo el carbón).

El Niño me perdone.

Adiós plantita del ají, plantita de la ruda, plantita del rocoto.

Adiós luciérnagas, lagartos, alacranes.

Me recojo los cabellos y trato de dormir mientras escucho las sombras en las dunas una última vez.

(Al desierto lo que era del desierto. Al mar lo que es del mar).

## UNA MADRE HABLA DE SU MUCHACHO

(CHILCA 1967)

Es mi hijo el menor. El que tenga ojos de ver no tenga duda.  
Las pestañas aburridas, la boca de pejerrey, la mismita pelambre  
del erizo.

No es bello, pero camina con suma dignidad y tiene catorce años.  
Nació en el desierto y ni puede soñar con las calandrias en los  
cañaverales.

Su infancia fue una flota de fabricantes de harina de pescado atrás  
del horizonte.

Nada conoce de la Hermandad del Niño.

La memoria de los antiguos es un reino de locos y difuntos.

Sirve en un restaurant de San Bartolo (80 libras al mes y 2 platos  
calientes cada día).

Lo despido todas las mañanas después del desayuno.

Cuando vuelve, corta camino entre las grúas y los tractores de la  
Urbanizadora.

Y teme a los mastines de medianoche.

Aprieta una piedra en cada mano y silba una guaracha. (Ladran  
los perros).

Entonces le hago señas con el lamparín y recuerdo como puedo  
las antiguas oraciones.

## ENTONCES EN LAS AGUAS DE CONCHÁN

(VERANO, 1978)

Entonces en las aguas de Conchán ancló una gran ballena.  
Era azul cuando el cielo azulaba y negra con la niebla. Y era azul.  
Hay quien la vio venida desde el Norte (donde dicen que hay muchas).

Hay quien la vio venida desde el Sur (donde hiela y habitan los leones).

Otros dicen que solita brotó como los hongos o las hojas de ruda.  
Quienes esto repiten son las gentes de Villa El Salvador, pobres entre los pobres.

Creciendo todos tras las blancas colinas y en la arena: Gentes como arenales en arenal.

(Sólo saben del mar cuando está bravo y se huele en el viento).  
El viento que revuelve el lomo azul de la ballena muerta. Islote de alumnio bajo el sol.

La que vino del Norte y del Sur y solita brotó de las corrientes.  
La gran ballena muerta.

Las autoridades temen por las aguas: La peste azul entre las playas de Conchán.

La gran ballena muerta.

(Las autoridades protegen la salud del veraneante).

Muy pronto la ballena ha de pudrirse como un higo maduro en el verano.

La peste es, por decir, 40 reses pudriéndose en el mar (o 200 ovejas o 1000 perros).

Las autoridades no saben cómo huir de tanta carne muerta.

Los veraneantes se guardan de la peste que empieza en las malaguas de la arena mojada.

En los arenales de Villa El Salvador las gentes no reposan.

Sabido es por los pobres de los pobres que atrás de las colinas flota una isla de carne aún sin dueño.

Y llegado el crepúsculo —no del océano sino del arenal— se afilan los mejores cuchillos de cocina y el hacha del maestro carnicero.

Así fueron armados los pocos nadadores de Villa El Salvador.

Y a medianoche luchaban con los pozos donde espuman las olas.

La gran ballena flotaba hermosa aún entre los tumbos helados.  
Hermosa todavía.

*Sea su carne destinada a 10000 bocas.*

*Sea techo su piel de 100 moradas.*

*Sea su aceite luz para las noches y todas las frituras del verano.*

**MONÓLOGO DE LA CASTA SUSANA  
Y OTROS POEMAS  
(1986)**

*Una mujer llamada Susana, hija de Helcías,  
hermosa en extremo y temerosa de Dios.*

(Daniel 13, 2)

*Prorrumpió Susana en gemidos, y dijo: «Estrechada me hallo por todos lados: porque si yo hiciere eso que queréis, sería una muerte para mí, y si no lo hago, no me libraré de vuestras manos».*

(Daniel 13, 22)

## NUNCA TUVE EL MENOR ENTUSIASMO

Nunca tuve el menor entusiasmo  
 por una vida breve aunque gloriosa.  
 Frecuentar ansío mis potajes  
 (agridulces y fuertes) todo el tiempo  
 posible. Amar también  
 (sin mucho esfuerzo). Ser amada  
 como si fuese el único animal  
 deseable en el planeta. Aburrirme.  
 Maldecir. Desesperarme  
 hasta pedir la muerte / conociendo  
 que el infarto no acude por llamado  
 (¿o sí?). Entonces te detesto  
 chiquilla coronada con laurel  
 o varas de apio fresco, lloriqueada  
 en tierno funeral  
 antes de los mareos y el bochorno  
 del primer embarazo.  
 Gloriosa tú. Yo en cambio  
 llevaré esta belleza inevitable  
 (¿cuánto más todavía?) que me ocupa  
 como el relleno a un pavo.  
 Huiré (sin excesos)  
 del trato con la parca. Deseo  
 (con fervor) un par de nietos  
 sanos y presentables. Poco importa  
 que los lustros me vuelvan  
 triste o necia. Una carga  
 (así suelen decir) para mis hijos.  
 Poco importa.  
 Es tarde de tormenta. El jardín  
 luce bajo la lluvia como los pelos  
 de una rata mojada. Hoy cumplí  
 los treinta años de edad.

He ganado (supongo) en experiencia  
y hasta en sabiduría. Mas la madre  
del llamado cordero (mala madre)  
está en estos pellejos  
que me sobran, las lonjas de jamón  
no comestible creciendo  
(aún con disimulo, menos mal)  
entre mis muslos, mis caderas,  
mi vientre (la barriga)  
plegándose en mi pubis.  
Nunca tuve el menor entusiasmo  
por nosotros. Ni por ti.  
Ni por mí.

## SÉ QUE HABLAN DE MÍ, SÉ QUE ME ESPÍAN

Sé que hablan de mí, sé que me espían  
 entre un macizo de altísimos papayos.  
 El viento (despreciable) acumula las nubes  
 contra el sol que calienta  
 las aguas de mi baño. Reclinada  
 en los bordes de la loza,  
 rígido el cuello (la cervical nerviosa),  
 lejos de la veranda junto a los chopos  
 (¿qué es un chopo?) o los chanchos de tierra.  
 Y las aguas que pierden su tibieza  
 (mi carne de gallina). Incómoda  
 con mi propio destino. Ya no quiero  
 saber todas las cosas que sabía  
 (las mejores recetas de pescado  
 y el grito de las aves). Es mejor  
 yacer cual un adobe en los escombros  
 (que ninguno codicia bien o mal).  
 Sé que hablan de mí, sé que me espían.  
 En este vaso verde como un prado  
 (laberinto sin fondo)  
 apachurro yo misma mi limón.  
 Prefiero ajarme con ron y coca-cola  
 que en la mano del viejo repelente.  
 No es que ignore mi páncreas  
 ni que cante (perro lobo a la luna)  
 las sombras de la muerte. Amo la vida  
 y me gusta tocarla como tocan  
 las sábanas de Holanda  
 mi vientre en los veranos y apretarla  
 como aprietan en invierno  
 las pieles de los osos. Ese viento  
 (siempre despreciable) revuelve las mamparas,  
 los toldos del jardín.

Rescato la botella de ron, me bamboleo  
con las últimas noticias. Al nuevo día  
no me quiero hecha polvo en el espejo,  
no me quiero hecha polvo en el espejo,  
no me quiero hecha polvo en el espejo.

## Y DE PRONTO UN OLOR SUIZO, MALO

Y de pronto un olor suizo, malo.  
Un cuerpo breve, verde, mantecoso  
y sin tratos mayores con el agua potable.  
Allá en los altos de San Juan Bautista,  
frente al gran pisonay. Sólo curiosa,  
sin pizca de humedad en mis estambres  
seguí el rancio ritual.  
Había luna llena (muy amarilla)  
y los comerciantes de ganado  
ebrios se despedían, tambaleantes  
en sus caballos peludos de Cangallo.  
Siete vacas, un buey, doce carneros  
fueron negociados con provecho  
durante la jornada. Yo no sé  
por qué demonios (o deidades)  
he terminado sobre esta cubierta  
de lana roja y marrón, con animales  
azules en los bordes y migajas  
y emplastos de caldos antiguos. Aterrada  
(aunque fingiendo mundo) ante las olas  
de su hambre repelente de cantón  
(suizo), sus rodillas heladas.  
Por curiosa. Mi amor desperdiciado  
me duele en el attillo de San Juan.  
Mañana he de lavarme con jabón  
de cristal y piedra pómez. Evitaré  
que vean mis miserias bajo el sol.

## Y VAN A DECIR QUE CANTO

Y van a decir que canto  
desde la vanidad (o la ignorancia).  
Ya no me importa, ratas,  
lo que digan (aunque duela)  
ahora que he perdido el respeto  
de mis hijos, mi jardín,  
mis animales (el perrito y la calandria)  
por ocultar mis gracias de la envidia.  
Ahora que corté mi cabello, cubrí  
mis piernas de cobre con ceniza.  
Les voy a recordar que yo medía  
diez centímetros más que mis iguales,  
y era sabia y bella y bondadosa.  
Y a pesar de estos vestidos  
baratos y sintéticos  
(que casi nunca lavo) les recuerdo  
mis bellos camisones  
de algodón ovillado, mis sedas  
que guardo entre frazadas  
repletas de alcanfor, para la pena,  
el goce, el desperdicio  
(y la envidia otra vez).

## Y DE DIOS ¿QUÉ MÁS PUEDO DECIR?

Y de Dios ¿qué más puedo decir  
que Él no lo sepa? Casta soy  
pero no hasta el delirio.  
Me preocupé (como muchos)  
por los pobres del reino.  
Y veo (como todos)  
el paso de la nave de los muertos.  
Y temo. Y bebo valeriana.  
Recíbeme con calma, mi Señor.

## *Historias casi alemanas*

### NOCTURNO DE BERLÍN

El polen de los jóvenes alerces navega entre la noche color rojo-ladrillo  
(el mismo polen de la fiebre del heno).

Como la nieve viaja en remolinos pero tiene plumajes y se enreda  
en las corolas remojadas de los alerces-hembra y pasta a su placer.  
Son los llamados modos de la vida y (con poco entusiasmo) del  
amor.

Delicia de perezas en verano (jamoncito de Parma te recuerdo).  
Apago el cigarrillo, carraspeo y abro la ventana/repleta de aire  
rojo y polen fresco.

Tibia y mansa la brisa, encendido el candil, la sábana revuelta.  
Una mosca mayor que una paloma se reposa en mi hombro.

## EL VIAJE DE ULISES

(CON SILVANA MANGANO & KIRK DOUGLAS)

Cuando estamos muy lejos (como ahora) a 20 horas de vuelo o casi 20 días por el mar te recuerdo bailando sobre ese mostrador iluminado de una playa nocturna.

Sin miedo ni recato, con toda la alegría de las cosas que nombramos eternas.

Hace casi trece años.

Desde entonces nos hemos fatigado (más que muchos) por procurarnos algo de verduras y pescados y un refugio a la hora del zancudo

contra la locura (tediosa) de la calle y la tristeza de los inoportunos.

Amor que es un modelo de constancia (tejes y destejes la chalina de alpaca).

Y no es por la retórica de Homero. También algunas noches (mejor si estamos solos)

son notables nuestros vientres dulcísimos y tensos. Privilegios que suelen más bien darse (si se dan) entre amantes de ocasión y sin futuro.

Entonces cuando te hallas muy lejos (como ahora) no apareces tan sólo en la luz tenue del bar junto a las olas, vuelves también a mi memoria / vibrante como una cierva (herida) tras las cortinas de nuestro dormitorio.

Por eso a la distancia (digamos que rodeo los islotes de Circe) me cuesta recordar esas reyertas entre la madrugada. La fría maldición en el almuerzo.

## NATURALEZA MUERTA EN INNSBRUCKER STRASSE

Ellos son (por excelencia) treintones y con fe en el futuro. Mucha fe. Al menos se deduce por sus compras (a crédito y costosas).

Casaca de gamuza (natural). Mercedes deportivo color de oro.

Para colmo (de mis males) se les ha dado además por ser eternos.

Corren todas las mañanas (bajo los tilos) por la pista del parque y toman cosas sanas. Es decir, legumbres crudas y sin sal, arroz con cascarilla, aguas minerales.

Cuando han consumido todo el oxígeno del barrio (el suyo y el mío) pasan por mi puerta (bellos y bronceados). Me miran (si me ven) como a un muerto con el último cigarro entre los labios.

## HAY VECES QUE LOS HIJOS

Entonces yo flotaba entre las olas y el salitre del Atlántico boreal. Era un barco con hierro de Marcona, bandera de Liberia y marineros griegos.

Los tumbos en la noche o las más ordinarias nostalgias eran pretexto para escribir poemas (muy sentidos) sobre Diego, hijo del alma delgado y amarillo.

Y poco a poco me las ingenié para meterlo (contra su voluntad) entre mis libros.

Luego vinieron Alejandra y Soledad. No sé por qué perezas fueron abandonadas (o libradas) de mi canto.

No por completo, es cierto. Soledad (75) supo de festejos el día que nació bajo la nieve. Y la comparé (también) con un erizo.

Alejandra (81), apenas más alta que una mesa, tan sólo fue nombrada en una triste prosa.

Siento que les debo unos versos que hablen de su gracia y su belleza (puros lugares comunes) y del dolor de vivir separados (puro melodrama).

**Aunque en verdad, ya no deseo que sean ricas o buenas o virtuosas.**

Dados los tiempos, me contento con que en el camino del mar hasta la casa/ no sufran ningún mal.

## DÄMMERUNG

A veces el crepúsculo de Berlín  
es un gran viento rojo revolviendo  
los trapos de tocuyo en mi ventana

y una vieja balada de Bob Dylan  
monótona y tristonra que (en la radio  
de las tropas inglesas) me recuerda

los años que no quiero recordar

## RÉQUIEM

El prójimo en el lago. Los patos se encabritan y vibra la rata  
vespertina.

Las aguas agitadas. Los patos esmeralda, su cuello tornasol. La  
rata gris.

Los tumbos, los graznidos, los chillidos. El cielo sumergido se  
remoja tras los cañaverales.

Inmóviles las aguas de cartón. Las plumas terracota, las cabezas.  
La rata se disuelve.

La sombra de los patos en el aire. El lago se desagua. Las tinieblas.  
El prójimo en el lago. A la hora puntual.

## Monólogo del falso J. W. Goethe

*Lo que yo no he vivido, lo que no me atormenta ni me preocupa, no lo he tomado como tema de mis obras. Sólo he escrito poemas de amor cuando he amado. ¿Cómo, entonces, podría escribir cantos de odio sin odiar?*

J. W. G. (14.3.1830)

### I

ENTONCES (MEDIADOS DEL XVIII) PENSÉ

Entonces (mediados del XVIII) pensé bajo la lluvia qué haré para sentirla (o recordarla)

cuando cese y escampe y nadie pueda (ni yo) estar seguro que el mar se suspendía entre los cielos y el brillante portón de esa taberna.

Noches de Leipzig (o Arequipa). Nada queda del vino entre los labios (ni siquiera las deudas).

Sólo el vivo deseo por Annette. Fragante en el revuelo de sus faldas.

Huerto nocturno. Redonda y lisa como una guinda fresca. No tocada.

Ay de mí. Oscuro y timorato. Diciendo buenas noches hecho un peje ante el icono inmenso. Inmaculado (según mi parecer) y pasto sin embargo

de los doctos bacanes en las leyes, borrachos buenos mozos teólogos (Martín Lutero) en el camastro cochino y escolar.

Ay de mí. Que no recuerdo más la lluvia (ni la siento) encrespándome el pelo.

Sólo vuelve (inoportuna) la vergüenza. Las mejillas calientes y rosadas, un zumbido, las rodillas tembleques.

Dicen los libros (con erratas sin fin) que estuve muy enfermo.

## DE VUELTA A LA CASONA (PAPÁ Y MAMÁ)

De vuelta a la casona (papá y mamá) junto al agua tierrosa del buen Meno.

La temporada de playa (paseos por el bosque de la orilla) había comenzado.

Mientras yo, en mi retiro obligatorio, refunfuñaba desolado y subido de peso. Gracias a Dios

una muchacha bellísima (a cuarenta pies de mi ventana) se detuvo por un instante exacto.

Pude así escribir un poema sobre la eternidad. Aproveché algo del sol y los sauces llorones del paisaje.

Las moras las eliminé por cosas de la rima. Agregué un pino y un par de pastores.

## HEME AQUÍ, EL PERFIL DE MI CABEZA EN

Heme aquí, el perfil de mi cabeza en sombra recortada como marca de algún champú barato.

Por vida condenado (o por la muerte) a este camafeo venerable. El tiempo de los hielos ya volvió. Nieve y borrascas en toda la Sajonia. Qué más da.

Igual siento mi piel ardiente y estirada, los músculos ociosos, como si hubiese dormido el día entero bajo ese sol del sur.

Italia, Italia, donde fui más feliz que los gatos sin dueño.

No es cosa de los puentes de Venecia o las torres de Padua. Ni siquiera

de las fogatas en la plenitud de Roma, por mil veces amadas.

Deslumbrantes, es cierto, pero pobres junto al bosque de vientos que me puebla.

Todo lo mío. Lejos de los príncipes de Weimar y sus negocios necios.

Italia, Italia. No tuve fama alguna de sabio o reflexivo (ni de cruel).

Repleto de visiones y deseos como en el fondo de un cinema oscuro a los quince años.

Sólido a la sombra del ciprés. Aceite y hierbabuena para el fin de mis antiguos males.

¿Quién amenaza, entonces, con la versión correcta del libro de los muertos? Puras babas.

Las poltronas del parlamento disputadas igual que una ternera gorda y muerta

o, simplemente, vendidas como un carro robado.

El tiempo de los hielos ya volvió. Vuelva el tiempo llamado del perdón.

Y esa vida que flota (a duras penas) en las aguas del Tíber imperial (o los cantiles del malecón Cisneros). Sus ondas brillantes y viscosas cual pepas de papaya.

## NO PUEDE SER. LA FELICIDAD (UNA BUENA

No puede ser. La felicidad (una buena taza de chocolate luego del cumplido amor)

me ronda como un perro, me olfatea y se hace polvo ante mis ojos. Siempre es lo mismo, mierda. Por eso tengo fama de astrónomo y poeta (en pos del infinito).

Y mil constelaciones palidecen ante el iris amado y son (de paso) la gloria del Señor.

Ahí entre mis papeles (el cajón de nogal) y los cabellos (o cauda) del cometa, busco el amor.

Un cuerpo novedoso y repetido (limpio cual mi pijama) y el fruto del cacao ya mencionado.

Es todo mi dolor (o mi consuelo). Desde el tiempo feliz entre las mesas laqueadas con cerveza

hasta las aguas milagrosas (calcio y litio) para mi piel de viejo en Marienbad.

Y hay quien se preocupa por mis frases (históricas) en ese almuerzo (de mala calidad) con Napoleón,

o mi fastidio ante los modales y el rencor del joven Friedrich Schiller. Ñoñerías.

Sólo por la pasión me reconozco. Ningún otro animal que me recorre es parte de mi alma.

Celebro mis amores y estos muslos elásticos y fuertes (según yo los recuerdo).

Me apeno con mis llantos por Ulrike (muchacha de 18) a los 74 de mi edad.

Corazón mío, latiendo como el ala recortada de un canario.

Sólo por la pasión me reconozco. Que así me reconozcan y celebren.



# ÍNDICE



POESÍA, UNA HISTORIA DE LOCOS	7
COMENTARIOS REALES (1964)	13
Paracas	15
Pachacamac	16
LOS CONQUISTADORES MUERTOS	17
I. <i>Por el agua aparecieron...</i>	17
II. <i>Durante ese verano de 1526...</i>	18
Cuestión de tiempo	19
ORACIONES DE UN SEÑOR ARREPENTIDO	20
I. Cuando el diablo me rondaba anunciando tus rigores	20
II. Cuando librado del demonio, comulgué de manos del obispo	21
III. Cuando murió el obispo, que en verdad era de tu calaña	22
IV. A Cristo en el matadero	23
TRES TESTIMONIOS DE AYACUCHO	
I. De un soldado	24
II. De una madre	25
III. De la madre, otra vez	26
CANTO CEREMONIAL CONTRA UN OSO HORMIGUERO (1968)	27
«Karl Marx, died 1883 aged 65»	29
Crónica de Lima	30
El cementerio de Vilcas Huamán	33
Entre el embarcadero de San Nicolás y este gran mar	34
In memoriam	36
Kensington, primera crónica	38
A una dama muerta	39
DOS SOLEDADES	41
I. Hampton Court	41
II. París 5 ème	42

Medir y pesar las diferencias a este lado del canal	44
Poema sobre Jonás y los desalienados	46
Apéndice sobre el poema sobre Jonás y los desalienados	47
Entre los cangrejos muertos ha muchos días	48
‘Soy el favorito de mis 4 abuelos	49
Y me alejaré unos 30 kilómetros hacia la costa	50
La araña cuelga demasiado lejos de la tierra	51
Crónica de Chapi, 1965	52
AGUA QUE NO HAS DE BEBER (1971)	57
Contra la flor de la canela	59
COMO HIGUERA EN UN CAMPO DE GOLF (1972)	61
Arte poética I	63
Un soneto donde digo que mi hijo está muy lejos hace ya más de un año	64
DOS POSTALES	66
I. Postal para Lima	66
II. (Ilegible) al tercer auditor (ilegible) vecinos todos de la ciudad de Lima	67
Pica de Flandes	
En el Rijk Museum los turistas alemanes celebran a Margarita de Parma	68
TRES ÉGLOGAS	69
I. Lluvia (Londres)	69
II. Sol (Bornemouth)	70
III. Viento (Haut-de-Cagnes)	71
Por Pancho Salas, por nosotros	72
Por la noche los gatos o mis ocho vecinos pensionados de guerra (Cagnes-sur-mer)	73
Hospital de Broussailles en Cannes	74
Londres vuelto a visitar (Arte poética II)	75
A DEDO HASTA FLORENCIA	77
I. El Duomo y sus alrededores	77
II. Firenze camping	78
Homenaje a Armando Manzanero (Arte poética III)	79

Otra vez el invierno + «Dos indios» de Alfredo Bryce	80
Crónica de viaje/ Crónica de viejo	81
El rey Lear	82
«Muchos escritores tienen que dedicarse a la enseñanza»	84
Sobre el lugar común	85
EL LIBRO DEL LOCO AMOR (1972)	87
En el 62 las aves marinas hambrientas llegaron hasta el centro de Lima	89
DOS SOBRE MI MATRIMONIO UNO	90
I.	90
II.	91
De la naturaleza y el amor	92
CUATRO BOLEROS MAROQUEROS	93
I. <i>Con las últimas lluvias te largaste...</i>	93
II. <i>Para olvidarme de ti y no mirarte...</i>	93
III. <i>Para olvidarte me agarro al primer tren...</i>	94
IV. <i>No me aumentaron el sueldo por tu ausencia...</i>	94
EL LIBRO DE DIOS Y DE LOS HÚNGAROS (1977)	95
Domingo en Santa Cristina de Budapest y frutería al lado	97
Nacimiento de Soledad Cisneros (29 enero 75)	98
El puercoespín (el día que Soledad se fue al Perú)	99
Café en Martirok Utja	100
Tierra de ángeles	101
TU CABEZA DE ARCÁNGEL ITALIANO	102
I. Jutka	102
II. El padre a Jutka -	103
III. <i>Tras esa puerta quedan —por ahora— hombres...</i>	104
IV. <i>Naciste cuando el musgo envejecía...</i>	105
V. El sueño de Jutka	106
VI. <i>Graznan los patos y se aman los muchachos...</i>	107
Tranvía nocturno	108
Muchacha húngara en Hungría otra vez (recuerda al Perú)	109
Oh, Señor, las cápsulas venados	110
Sólo un verano me otorgáis poderosas	111

Oración	112
Por Robert Lowell	113
CRÓNICA DEL NIÑO JESÚS DE CHILCA (1981)	115
Y antes que el olvido nos	117
LA HERMANDAD DEL NIÑO	118
I. <i>Aquí todos somos de la Hermandad del Niño...</i>	118
II. <i>En la casa de los comunes se gobiernan...</i>	119
Mi hermano	120
Una muerte del Niño Jesús	121
Al pavo lo embriagan con pisco	122
Una muchachita en domingo	123
Las salinas	124
Otra muerte del Niño Jesús	125
Una madre habla de su muchacho (Chilca 1967)	126
Entonces en las aguas de Conchán (Verano, 1978)	127
MONÓLOGO DE LA CASTA SUSANA Y OTROS POEMAS (1986)	129
I. Nunca tuve el menor entusiasmo	131
II. Sé que hablan de mí, sé que me espían	133
III. Y de pronto un olor suizo, malo	135
IV. Y van a decir que canto	136
V. Y de Dios ¿qué más puedo decir?	137
HISTORIAS CASI ALEMANAS	138
Nocturno de Berlín	138
El viaje de Ulises (con Silvana Mangano & Kirk Douglas)	139
Naturaleza muerta en Innsbrucker Strasse	140
Hay veces que los hijos	141
Dammerung	142
Requiem	143
MONÓLOGO DEL FALSO J. W. GOETHE	144
I. Entonces (mediados del XVIII) pensé	144
II. De vuelta a la casona (papá y mamá)	145
III. Heme aquí, el perfil de mi cabeza en	146
IV. No puede ser, la felicidad (una buena...	147

- 141 José Luis ALEGRE CUDÓS  
*El canto del siglo*
- 142 Märta TIKKANEN  
*La historia de amor del siglo*
- 143 Félix de AZÚA  
*Poesía (1968-1988)*
- 144 Álvaro GARCÍA  
*La noche junto al álbum*
- 145 Alfonso SÁNCHEZ FERRAJÓN  
*El libro de los presentimientos*
- 146 Ibn QUZMĀN  
*Cancionero andalusí*
- 147 José Luis V. FERRIS  
*Niebla firme*
- 148 Pedro J. de la PEÑA  
*El feísmo modernista*
- 149 Clara JANÉS  
*Creciente fértil*
- 150 Francisco PINO  
*Hay más*
- 151 Jorge RIECHMANN  
*Cuaderno de Berlín*
- 152 Luis GARCÍA MONTERO  
*El jardín extranjero*  
*Poemas de «Tristia»*
- 153 Antonio CISNEROS  
*Poesía, una historia de locos (1962-1986)*
- 154 Barry CALLAGHAN  
*Lo más cerca que estuvimos*
- 155 Francisco CASTAÑO  
*Fragmentos de un discurso enamorado*
- poesía Hiperión**  
**(títulos recientes)**

ANTONIO CISNEROS nació en Lima (Perú) en 1942. Ha publicado los siguientes libros de poesía: *Destierro* (Lima 1961), *David* (Lima 1962), *Comentarios reales* (Lima 1964), *Canto ceremonial contra un oso hormiguero* (La Habana 1968, Buenos Aires 1969, Barcelona, 1970, La Habana 1972, Lima 1980), *Agua que no has de beber* (Barcelona 1971), *Como higuera en un campo de golf* (Lima 1972), *El libro de Dios y de los húngaros* (Lima 1978), *Crónica del Niño Jesús de Chilca* (México 1982), *Agua que no has de beber y otros cantos* (La Habana 1984), *Monólogo de la casta Susana y otros poemas* (Lima 1986). Traducido a catorce idiomas, además de múltiples publicaciones en antologías y revistas tiene los siguientes volúmenes propios: *The Spider hangs too far from the Ground* (Londres y Nueva York 1970), *Poèmes* (París 1974), *Versei* (Budapest 1978), *Helicopters in the Kingdom of Perú* (Londres 1980), *Comentaren en kronieken* (Amsterdam 1982), *Land of Angels* (Londres 1984), *At Night the Cats* (Nueva York 1985).

Profesor en las universidades de Huamanga, Southampton, Niza, Budapest y San Marcos de Lima; director de diversas publicaciones; guionista cinematográfico; traductor de poesía inglesa, norteamericana, brasileña y francesa, con varios volúmenes publicados.

Premio Nacional de poesía (Perú), Premio Casa de las Américas de poesía, Primera Mención «Rubén Darío» de poesía. Ha sido huésped de la Guggenheim de Nueva York y del DAAD de Berlín occidental.

*Poesta, una historia de locos* reúne lo más significativo de su obra poética, seleccionado por el propio autor.

# Ediciones Hiperión